

LA ILUSTRACION Sud-Americana

AÑO VI

PERIODICO ILUSTRADO DE LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

N.º 136

DIRECTOR GENERAL:
RAFAEL J. CONTELL
La correspondencia a nombre del director

BUENOS AIRES, AGOSTO 16 DE 1898

REDACTOR EN JEFE:
RAMON M. DE IRIBAS
Los originales no se devuelven



LAURETTA — CUADRO DE M. J. LEFEBVRE — GRABADO DE M. GILARDI

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO
DE LAS
REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS
FUNDADO EN 1892

EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICION ARGENTINA

24 PÁGINAS

APARECE LOS DÍAS 1.º Y 16 DE CADA MES

EDICION URUGUAYA

24 PÁGINAS

APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL:		INTERIOR:	
Año.....	\$ m/n. 18.-	Año.....	\$ m/n. 20.-
Semestre.....	9.-	Semestre.....	10.-
Trimestre.....	5.-	Trimestre.....	5.50

EXTERIOR: Año..... \$ oro 9.-

Chile y Uruguay..... 8.-

Número suelto: \$ 1.25 m/n. * Número atrasado: \$ 1.50 m/n

TOMOS ENCUADERNADOS

D. LOS AÑOS 1893, 1894, 1895, 1896 Y 1897

\$ m/n. 30 cada uno

COSAS Y QUISICOSAS



SEDOSA y flexible es la malla de la adulación perniciososa que nos envuelve: ora nos hablan de la *fiebre* de la raza al estudiar un tema de futuras guerras exteriores, y nos satisface la hinchada palabreja de sospechoso galicismo. Dilátanos los oídos con los mentidos embustes de una riqueza sin ejemplo del patrio suelo y del porvenir que «en el horizonte se retrata», y cubre un velo nuestros torpes ojos para contemplar la honda crisis presente y llorar los males que tal situación pueda acarrear a las fuentes de producción. *Doctoramos*, año tras año, grey numerosa de la juventud que abandona las aulas de la Universidad, con la ambición en la mente, la impotencia en la acción y la miopía en ilustración y saber «al empezar su carrera», y abrimos las válvulas de las recomendaciones e influencias, para que empuen su vida política de parásitos del progreso nacional.

Olvidamos los consejos de la sensatez; giramos impotentes, prendidos voluntad y deseos en la tela de araña que nos prendió la malicia social, cediendo a la persuasiva frase y a la indolencia nativa, olvidando el conocido proverbio francés:

En tout l'excess est un défaut

y no nos percatamos de que en el fondo moral de nuestras amistades y relaciones, hay prosapias pregonadas y rancios abolengos que la cantidad, y no la calidad de los votos, sancionó ante la estulta multitud iletrada.

Salvemos (con todas las reservas mentales necesarias) la intención ajena, pero no entorpecamos la obra del publicista, honrada y noble cuando de guiar bien se trata, con una indiferencia peca-dora en los múltiples motivos de la accidentada vida social contemporánea.

Concretemos un tema.... cualquiera: un concurso artístico, reciente para un monumento: un mausoleo a un ilustre antepasado es un pedazo de gloria que un pueblo quiere perpetuar, ennobleciéndose así ante las futuras generaciones que mirarán con orgullo los timbres de honor de su pasada historia.

¿Qué ha de ser el monumento? Símbolo artístico de la época, del hombre y de sus hazañas y de su fama. ¿Concuerdan los proyectos con.... lo que se desea? ¿No?

Declárese nulo el concurso y.... a otro: publíquense las bases con más amplitud; acúdase al arte europeo ya que de *arte nacional* no se trata; prólonguese la fecha de admisión, (ya que hubo tiempo y no apremiaba), invítase a mayor número de «jueces» para decidir del artístico problema, con amplias bases, con amplio programa para todas las escuelas, con culto criterio que admita lo clásico y lo revolucionario...., que todo eso, y mucho más, merece la memoria del nobilísimo prócer argentino, el general Belgrano.

¿Se ha hecho esto? ¿Están acordes las opiniones profesionales y las del Jurado? ¿Cumple alguno de los dos proyectos, en pugna antes de la decisión resolutoria, el mayor número de las condiciones artísticas exigidas? En rigor de *verdad*, no; en rigor de *símbolo*, tampoco; en rigor de *estética*, menos.

Pero, ¿no es aún tiempo de modificaciones?

Dirase, tal vez, que el criterio de un profano, el de dos, ó el de más, no vale en estos temas artísticos.

Craso error: el juez inapelable de las obras teatrales, se hace sentir más tardamente en el libro y en la pintura y escultura.... pero llega también y *sanciona* con el ridículo ó la alabanza las obras de los hombres.

Decía Miguel Angel á un escultor amigo suyo que se fatigaba en acomodar las luces de las ventanas del local en que tenía una estatua recién terminada, á fin de que la obra destacase bien:

—No te molestes: las luces que te importan, son... las de la plaza.

Si; en esa plaza pública en que el monumento á Belgrano conmemore las hazañas y la gloria de aquel noble antecesor, habrá un *jurado* público, que dará su «voto definitivo».

Climas más benéficos, países de más variada flora y de ambiente perfumado que anticipan las primicias de la «esperada primavera» en estos fríos días de helado cierzo y nebuloso cielo, atraen al señorío de la capital porteña á las templadas zonas del país paraguayo.

Las impresiones de política exterior han animado á numerosas familias para estas excursiones invernales: nuestro perito en viaje con sus elementos de compulsa de los larguissimos trabajos de delimitación de fronteras, es esperado por su colega chileno, armado de todas armas, que son para el caso, planos topográficos y estudios del terreno, y según noticias telegráficas confirmadas uno y otro día, renacen en el vecino país esperanzas de avenencia que la opinión pública acentúa en el pueblo argentino.

Auras de paz y concordia flotan en la atmósfera: los bélicos entusiasmos dormitan, á pesar de las maniobras y ejercicios doctrinales de la guardia nacional y las respectivas naves de guerra de ambas naciones hermanas. ¡Ojalá renueve la florida estación venidera, con la savia fecundante de plantas y vegetales, la fraternal armonía de los albores de este siglo que termina!

Problema es esencialmente grave siempre, el de una guerra exterior, pero se complica y dificulta con los modernos adelantos, llevando la inseguridad y el temor á los «teóricos» que no pueden ver sino de tarda en tarda fecha (para bien de la humanidad) los resultados «prácticos» de hipótesis y tesis formuladas por estrategos de fama y notabilidades de la ciencia militar contemporánea.

Hoy, en el arte de la guerra todo ha cambiado; los progresos incesantes de la artillería han transformado las condiciones de las plazas fortificadas, porque nada es más movible que la parte material del arte de la guerra. Las nuevas pólvoras han precedido á la invención de las granadas torpedos, cuyos efectos, análogos á los de una mina, se describen por un autor francés en los siguientes términos: «La deflagración de su carga es tan rápida, que el aire bruscamente impelido en todos sentidos actúa como un gas bajo fuertes presiones y destruye todo lo que no es resistente. Para atenuar estos efectos, los ingenieros militares han tenido que concebir notabilísimas correcciones en las líneas de defensa de las plazas fortificadas, por haber demostrado los antiguos sistemas aún hoy existentes, que las fortificaciones, en vez de proteger á las tropas que las ocupan, deben ser defendidas por éstas. Abrigos disimulados, utilización de los movimientos del terreno, defensas cuya existencia no pueda sospecharse, abandono completo de los campos atrincherados, tales son los progresos que constituyen hoy los sistemas de defensa que en nuestro sentir se han ensayado con gran éxito por el general Linares en Cuba».

Hablando de estos y otros problemas de la vida actual y del estancamiento de nuestro comercio por los temores de una guerra con el vecino país chileno, nos decía en su gráfico lenguaje mercantil, un activo comerciante que persevera á pesar de las crisis sucesivas de estos últimos años:

—Hoy, amigo mío, los *negocios* se complican y no hay nada seguro, más que el «negocio teatral».

Y volviendo la «mirada» hacia la larga lista de los productivos *espectáculos* de la temporada invernal que desmienten nuestra «bravía situación económica» y observando el trasiego de artistas de uno á otro teatro de los del género más vulgarizado, el de secciones, recordábamos una vieja anécdota que viene como anillo al dedo á más de un empresario.

Una tarde que Frederick Lemaitre estaba en la dirección con nn empresario del teatro, Mr. Harel, se presentó un joven bien vestido, que entregó á éste el manuscrito de un drama. Mr. Harel opuso al novel autor todo género de dificultades para admitir la obra: pero, hombre codicioso é interesado, comprendió que aquel joven era rico, y

quiso hacer un negocio recibiendo el drama. La condición impuesta de pagar todos los gastos que ocasionara el ensayar y representar la obra fué aceptada por el autor, y el empresario le hizo entonces un presupuesto que ascendía á diez mil francos. La suma no pareció excesiva á aquél, y suscribió un contrato obligándose á pagarlos. Terminado el negocio, y cuando el joven se despedía, Lemaitre dijo muy seriamente á Mr. Harel: —Pero, hombre, ¿cómo le deja usted marchar así?

—¿...?

—Todavía le queda el reloj.

Hay muchos enfermos con estos crudos vientos invernales y estas humedades con que esta ruda estación se despide. Podemos, pues, decir que los médicos hacen su mes, es decir, su... Agosto.

A una señora, muy charlatana, que se encuentra enferma, le dice el médico:

—Necesita usted mucho descanso.

—Míreme usted la lengua, doctor.

—La lengua... también.

MARINO BRAIS.



LA NIÑA Y LA MARIPOSA

I

De clavel en clavel, de rosa en rosa,
En el jardín florido revolaba
Una alegre y pintada mariposa;
Y una niña, que absorba la miraba,
Febril, entusiasmada y anhelosa
Con impaciente afán la perseguía,
Y al mirarla tan bella, se decía:
—¡Si pudiese cogerla! ¡Es tan hermosa!

II

Sobre un rojo clavel la mariposa
Parando el vuelo se quedó posada,
Y la niña, callada y sigilosa,
Alargando la mano codiciosa,
Consiguió verla al fin aprisionada
Entre sus dedos de marfil y rosa.
La débil mariposa, que de lejos
Como viviente llama relucía
Del esplendente sol á los reflejos,
Cuando las tenues alas de colores
Con movimiento rápido batía
Al volar del jardín entre las flores,
Contemplada de cerca, parecía
Que el polvo de oro en que la luz fingía
Del iris los matices y cambiantes,
Y los tonos alegres y brillantes
Que esmaltaban sus hélios, perdía.
Y mirando á la pobre mariposa,
Que inquieta, palpitante y temblorosa
Con inútil afán se retorcia
Prisionera en su mano nacarada,
La niña murmuró desconsolada:
—¡No es tan hermosa como yo creía!

III

Abrió la blanca mano, y presurosa
Volvió de nuevo á remontarse al cielo
La ingrátida y brillante mariposa;
Y al verla desplegar el raudo vuelo,
La niña, arrependida y pesarosa,
¡Ay!—dijo, con amargo desconsuelo—
¡La he dejado marchar! ¡Y es tan hermosa!

MANUEL DE SANDOVAL.



GUILLERMO PUELMA TUPPER



El libro *Balmaceda* estaba en prensa cuando los diarios anunciaron el fallecimiento en Santiago, de Guillermo Puelma Tupper, cuyo nombre pensé inscribir en la primera página, en recuerdo de nuestra antigua amistad. Conoci primero á Guillermo Puelma en 1879, cuando vino á Río Janeiro como secretario de legación, y volví á verlo diez años después, en Buenos Aires, cuando ya había sido diputado y agitador en su país. La primera vez que nos hablamos, él era un radical dominado por la preocupación anticlerical, ó tal vez mejor, secularizadora; cuando nuevamente lo encontré, diez años después, habíase convertido en un sectario apasionado de Augusto Comte. Tanto el radical como el comtista, parecíéronme dogmáticos exaltados, excesivos, de una infalibilidad estrecha é iconoclasta; pero ni uno ni otro de esos

papeles puramente intelectuales, interceptó la corriente de mi simpatía por el hombre que se posesionó de ellos hasta el punto de que lo llamaran en Chile «el enemigo personal de Dios».

¿Enemigo personal de Dios? Es cierto que había en él alguna cosa, un rasgo longinquo de ángel, mas toda su inteligencia era hecha de amor, sus afinidades eran todas cariñosas; podía combatir la idea de Dios, podía ser un rebelde de la creación; no podía, a pesar de eso, ser un revoltoso, un enemigo; si hubiera desafiado a Dios en un duelo, habría sido sin odio, sin mala voluntad, pronto a estrecharle la mano en el terreno, cualquiera que fuese la suerte de la lucha. Elevado a potencia casi infinita, su temperamento habría dado un Prometeo, no un Satán. En el fondo, lo que nosotros decimos, lo que escribimos, lo que pensamos, lo que sentimos, vale muy poco; son impresiones ajenas, caprichos momentáneos, obstinaciones sin causa, sugerencias y autosugerencias, plagios interiores, incomprensión, deferencia, contraste; nada de eso somos nosotros. Dios para leer nuestra alma, la que él nos dió, apaga primero toda esa escritura superpuesta, incoherente, de tantos años, y restaura el rasgo primitivo... En el pergamino de Puelma, raspando toda la fantasía infantil del espíritu que creía ver la verdad ora bajo una forma, ora bajo otra, devaneos de creador, encontrábase el mismo texto de las almas simples y sin iniciativa, de la *criatura* que sólo sabe y sólo quiere saber una cosa: que lo es.

Exepleto libro, referatur Christo.

El carácter, la persona es algo mucho más profundo en el hombre que el escritor, el agitador, el sembrador de ideas, el pregonador de reformas y transformaciones sociales, y el carácter de Puelma era verdaderamente atrayente, ingenuo, lleno de cariño, abierto, delicado, idealizándolo todo, transformando en poesía a su modo, sus afectos, sus gustos, sus menores volubilidades como sus profundas admiraciones, las que lo reducían al más completo cautiverio. Naturalezas de esas combinaciones son excluidas de la política entre las razas prácticas y positivas como la inglesa, que se gobiernan respecto de la poesía como manda Platón. En efecto, hiere la vista lo que esos espíritus tienen de químicos, de abstractos, de absolutos, de indómitos, de tiránicos. En nuestros países, no hay ni debe haber tal diferencia, porque ellos ofrecen una utilidad política manifiesta, una función propia; son los que agitan el medio social indolente y estacionario y sirven de conductores a las ideas generosas.

De origen inglés por la madre y chileno por el padre, Puelma era un perfecto «specimen» de la inestabilidad, de la fluctuación que caracteriza el producto de razas de índole y creación diversas, aun cuando ambas superiores. Estaba condenado a vivir en eterna oscilación. Había en él dos construcciones diferentes, igualmente sólidas, la paterna y la materna; pero el puente entre ellas estaba suspenso, movido, impulsado por rachas peligrosas, o más propiamente aún, tal puente no existía, y él tenía que lanzarse de una estructura a la otra, a través del vacío intermedio. Sus ambiciones intelectuales, no eran sino saltos sobre esos grandes intervalos.

Puede decirse que vivía en un perpetuo *devenir*, que no era una luz sino una serie de proyecciones intermitentes. En la política chilena, porque no le daba todo su pensamiento y su interés, sentíase empujado, clausurado, aborrecido; quería huir, y entonces llevábale la imaginación ora a España, donde viviría una vida de letras, de arte, de cultura en compañía de los literatos que apreciaba; ora a París, donde se engolfaría en la ciencia, en la embriogenia humana de que pensaba hacer su especialidad; ora también a Buenos Aires, que le parecía una estación cosmopolita entre Chile que lo asfixiaba por su estrechez y distancia, y Europa donde le faltaba Chile. Su problema individual era así, insoluble; la solución argentina era pasajera, ilusoria para su mal; padecía de insuficiencia mitral. La válvula chilena andina, era estrecha para el orificio de su corazón, para impedir la marcha retrógrada del ideal que es la sangre del espíritu. Sentía a Chile, pequeño, o como dije antes, longinquo; pero el mundo, la civilización, el arte, la ciencia sin Chile no tenían causa bastante, razón de ser para él; lo asfixiaba del mismo modo con su grandeza vacía.

Esa inestabilidad de que tenía conciencia, affigalo, y tomando por vicio adquirido del espíritu, lo que era un defecto, una necesidad orgánica, procuraba reaccionar contra su tendencia, la que persistió en él por una ocupación política permanente, por una vocación de proselitismo hasta que trabó conocimiento con el positivismo. El positivismo pareció satisfacerle por completo, dar solución a su problema, destruir su vacilación, hacer lo que habría hecho la religión si hubiese conseguido obedecer y conformarse a ella. Pero en el fondo, el positivismo no hizo sino multiplicar sus escrúpulos, arraigar sus contradicciones. Cuando lo encontré en Buenos Aires, Puelma juzgábase *sistemizado*; era suficiente para eso ver su biblioteca, los amigos que reunía en casa, su modo de vivir, el hombre que continuaba siendo, para no tener duda de que el comitismo era una nueva fantasía de su espíritu, no una regla, una sanción que le bastase, como el aire puro basta a nuestros pulmones.

En ese tiempo escribía una especie de poema comitista, una síntesis en verso de la *Filosofía positiva*. Parte de este trabajo me lo mostró. La poesía y la filosofía tienen relaciones profundas; en cierto sentido, los mayores poetas fueron los grandes filósofos, pero Puelma estaba destituido de la facultad poética, no sólo en lo que se refiere a la sonoridad del metal interior, sino en lo relativo a la propia imaginación. Su verso era naturalmente seco, árido, frío, un mal conductor de la poesía caballerescas de su alma. El era producto de un cruzamiento de inglés y español, dos razas que, a pesar de ser opuestas, poseen mucho de común entre sí y cuyas literaturas tienen grandes semejanzas; el chileno debe parte de su fibra metálica a esa combinación excepcional, aunque más que el inglés fuese el irlandés. El celta quien se cruzó con él. Puelma, por eso, era único en su raza; en la química moderna de la inmigración, su fórmula intelectual habrá sido personal, exclusiva. Todos conocemos a su tío William de Lara Tupper, que fué en su tiempo el maestro de nuestra *jeunesse dorée*.

En Puelma, había ese temperamento byroniano en que se ingertara literariamente el sentimentalismo amoroso de Musset, pero había, al mismo tiempo, no el ideal ascético, sino el orgullo, la rebelión, la independencia de la castidad... Esos contrastes, esa limitaciones mutuas de raza, de educación, de patrias, (porque intelectualmente era tan español como chileno, como parisiense, y la sangre inglesa no desaparece en una o dos generaciones) lo hacían inadecuado para la única especie de poesía a que hubiera podido aspirar en otras condiciones: la expresión personal de sentimientos simples. No podía, en efecto, expresar ideas universales, grabar en el alma moderna; ese es el privilegio de los *leaders* del pensamiento. Nada impide—nadie conoce las leyes de la inmigración ni sus fines—que el genio europeo comience o venga a nacer en la América, que los mayores espíritus del siglo sean un día para París, Londres o Berlín, transatlánticos; el hecho confirmado hasta hoy es nuestra incapacidad para otra cosa que no sea el simple reflejo,—más o menos presuntuoso y creyente de que la luz es también nuestra—de las ideas que quedaron o están dando la vuelta a Europa de literatura en literatura...

Pero, en compensación, ¡qué alma llena de poesía, de poesía que, por ser un resto transformado de sentimientos de otras épocas, ni él ni nadie podría expresar! ¡Qué verdadero poema, por ejemplo, ese *para mí* inmortal de la idealización de su hijita! Su modo de mirarla como si ella fuese todo su mundo y quisiera él ser todo el mundo para ella. Nunca un padre soñó convertirse en la Providencia para su hijo, como Puelma lo hizo para esa criatura a quien él, un gigante, tomaba en sus brazos y balanceaba a toda su altura como sobre un abismo... ¡Ah, mi caro Puelma! ¿No es llevar demasiado lejos el sistema, la convicción del espíritu, el valor de nuestras propias inducciones y deducciones científicas; llegar hasta allí, sustituirnos a Dios en la imaginación de la criatura que nos mira, insinuarle que la protegeremos contra el destino, hacerle creer que valemos algo, como la muerte, la locura, la dolencia, las contingencias todas de la fortuna que a un paso de nosotros, se rien de nuestra presunción de tomar la parte de Dios en la suerte de cualquiera de sus criaturas?

La religión puede ser una gran ilusión de la humanidad toda, al paso que la irreligión, aun cuando fuera verdad, sería la verdad de los menos: para sí mismo, en la plenitud, en la soberbia de su independencia espiritual, el hombre hecho puede escoger la irreligión; pero para la criatura, para el hijo de quien no puede saber si tendrá un día capacidad para esas soluciones independientes que sólo seducen a un pequeño número, ¿no es la peor de las tiranías, criarlos fuera de las condiciones en que nosotros fuimos criados, plantarlos en otro terreno, terreno de cultura toda experimental, donde no sabemos si crecerán estériles o degenerados por no tener las raíces comunes de la especie? No sé si Puelma fué hasta ahí. Estaba, por otra parte, en esa época, en plena fascinación comitista... Quería venir a Río de Janeiro para entenderse con el señor Miguel Lemos, a propósito de ciertos puntos cuya naturaleza ignoro, pero de que hacía depender su actitud, su retirada a Europa. Era la época de la lucha revolucionaria y el estado de su espíritu parecióme ser de división. En su casa reuníanse los proscripciones, los agentes de la revolución y por sus relaciones de familia y de partido, deseaba la victoria del congreso... Todavía recuerdo que la última vez que lo vi, a bordo del vapor en que dejaba Buenos Aires, se hallaba bajo una terrible presión de ansiedad por la suerte del ejército congresista que había desembarcado cerca de Valparaíso e iba a dar batalla a Balmaceda... Balmaceda, sintiéndose perdido, había lanzado a Chile algunas frases que levantaban toda el alma de Puelma, programa que éste había hecho tal vez suyo... El positivismo chileno estaba con Balmaceda; la lucha interior en el espíritu de Puelma debía ser grande; vivía con la revolución que hacía de su casa su cuartel general; pero el filósofo que en él había paralizado al político, dudaba, vacilaba, hacia votos en contra de lo que el hombre de mundo, el

compañero de luchas, el camarada de congreso, el antiguo adversario de Balmaceda parecía desear...

No puedo resumir en una fórmula el compuesto heterogéneo incompatible que fué Guillermo Puelma Tupper; la parte fugitiva, oculta, de su naturaleza, pareceme mucho mayor que lo que se revelaba aún en la confianza del trato y de la simpatía... Era visible para mí, que la sociedad chilena repelería con su organización saludable y fuerte, una personalidad errática, inconstante, oscilante como la de Puelma, y al mismo tiempo, era un hombre destinado a agitar profundamente las bajas capas sociales de un país como Chile. A no haber sido por el comitismo, su destino era ser el Graco chileno; con el comitismo, a nada podía llegar; estaba tullido en su espontaneidad y, por lo tanto, impedido para cualquiera acción política...

Como antes lo dije, ese era el *papel*. No es del actor que otros vieran en escena, que el público aplaudía, que la sociedad detestó, de quien yo habría guardado impresión indeleble. ¿Qué impresión se conserva de un agitador político más, de un declamador popular más, de un sistematizador más? Por eso no me acordaría de Puelma. Lo que le hace siempre atrayente para mí, es cosa muy diversa; es, por decirlo así, el dosaje de su alma, la profundidad transparente de su corazón de niño, de su sonrisa, de su mirar cariñoso; es lo que él no supo expresar por sí mismo. Es el embrión de alma que no dejó desenvolverse, tomar todas sus proporciones.

En una palabra, parecióme un niño para cuya creación Dios empleó materiales en que había mucho de luminoso, de cristalino, de angélico, pero a quien no dió el poder de cristalizar. Faltóle desde el principio un eje ideal suficiente...

Su vida fué así una serie de episodios que no se ligan entre sí y su talento; por esa inestabilidad, no llegó a producir nada que dé idea de la riqueza de sus facultades... A pesar de todo, no es pequeño privilegio haber tenido en partes del alma un brillo, un esplendor de naturaleza que parece pertenecer a entes superiores.

No sé si entre sus compatriotas la figura de Puelma atraía simpatías que no fuesen políticas, esto es, de las que no tienen atinencia con la persona, que provienen de la idea, de la causa, del partido. Si hay una especie rara, es la de los chilenos a quien no basta Chile, y Puelma era de esa especie. ¡Ah! Si Chile hubiese estado en Andalucía, todo su problema quedaba resuelto. ¿Cómo hubiera sido él feliz sin radicalismos, sin comitismos, sin ninguno de los tantos fermentos que no tienen otra causa sino esta: estar Chile tan lejos, tan fuera de la órbita de su espíritu, de su curiosidad intelectual, de sus veleidades científicas, de sus gustos de todo orden!

En vez de un *fautevil* de orquesta muy junto al escenario, frente a las actrices y a los actores del mundo, tocóle apenas un lugar en lo más alto del anfiteatro, desde donde veía la escena tan lejana, que le parecía vivir en otra época. ¡Si Viña del Mar hubiese estado, a lo menos, en la costa del Atlántico, como Mar del Plata! Con la edad, en otro estado de espíritu que hubiera venido y que yo creo que entrevió realmente, habría sentido ese tiempo perdido, esa fluctuación continua. El chileno habría acabado por triunfar, tornaría a plantarse a sí mismo en su propio terreno; a amar doblemente para siempre la cordillera, el Pacífico. También por causa de esa larga infidelidad del espíritu, creo que un día Puelma habría vuelto a las costas de la Pandora extranjera cosmopolita cuyo secreto lo sedujo en la mocedad y le trajo todos los tormentos de la eterna indecisión... Dios no quiso que él diese *toda* la vuelta de sí mismo. ¿Y quién sabe si no se estaba tornando a los ojos de Dios, cada vez menor, si no se iba reduciendo, a título de sistematizarse, a un pequeño núcleo obscuro de teorías monótonas como un cometa que abandonase en el espacio su brillante cola por inútil e informe; si no se estaba petrificando en una pura negación refractaria a todo el cariño, a toda la ternura de la creación?... Tenía, como dije, ricos materiales en sí, pero inadecuados para la misma obra, para la misma vida. Con menos cualidades habría sido una figura saliente; con menos fortuna, habría escapado a la bancarrota... Con una cualidad maestra, suprema, que dominase y contuviese a las otras, habría sido él mismo.

Desgraciadamente, hay siempre una laguna en nuestras organizaciones, un vicio, un error en nuestra fórmula. Las razas necesitan de siglos para formarse; nosotros, sudamericanos, que aspiramos en el siglo XIX a la vida superior, queremos nacer antes de tiempo, y por eso somos débiles.

Los mejores dejan un surco, ninguno una obra. Puelma pertenece a esa lista de insignes *manqués*, políticos, literatos, filósofos, artistas, que componen nuestros diccionarios de biografía nacional.

¡Enemigo personal de Dios! Para mí, que estoy en el extremo opuesto de sus ideas, la exuberancia, la espontaneidad, lo cristalino de su alma (despreciando sistemas, opiniones generales, asimilaciones de todo orden) fué uno de los más bellos espejos en que vi reflejarse el poder creador... ¿Qué importa que él negase a Dios si todo él palpitaba de afinidades divinas?... ¿Qué eran todos los problemas que lo atraían, todo el misterio que lo cercaba, el amor que brotaba de su corazón al



PLACA DEL EJÉRCITO DE CHILE A SAN MARTIN

menor contacto de simpatía, la adoración por la madre, la divinización de la hija, sino atracciones, afinidades divinas de su alma? No sé explicar esta ilusión, pero sentía que su naturaleza salía de las manos de Dios, que era auténtica; parecióme en algunos de sus momentos interiores, insondables, que Dios trabajaba en ella como trabajó en Adán. Había en él para mí, un *quid* de primera criatura. Comprendía yo, *mutatis mutandis*, que Adán fuese así....

No obstante, nada en su vida exterior, pública, aparente, justifica esa impresión mía. Sus partidarios, sus conocidos, sus íntimos no la comprendieron.

¿Por qué? ¿Con qué fin Dios se preocuparía de él, trabajaría especialmente en él? ¿Quién sabe? En la creación, parte de lo aparentemente inútil, sin objeto, es infinitamente mayor que lo que tiene un papel, una función conocida.

JOAQUÍN NABUCO.

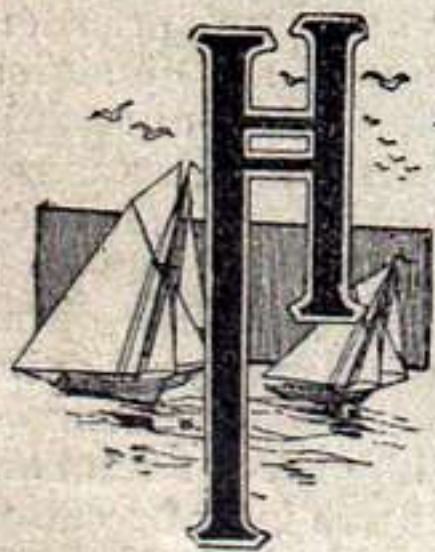
De la Revista Brasileira.



DE MONTEVIDEO

NOTAS DE ARTE

EXPOSICIÓN GOBI



HACE varios días que en la casa de Ferretjans, tiene el señor Gobi abierta al público una exposición artística de pinturas, en la que figuran cincuenta y tres telas, lo que indica la rara fecundidad y laboriosidad del pintor. Multitud de personas, legas é inteligentes, de todas las condiciones sociales, desde el mozo de cordel hasta la niña más «chic» de nuestra sociedad, desfilan por el Salón-Gobi, vertiendo cada uno su opinión más ó menos apasionada, más ó menos justa, más ó menos inteligente.

Como esto constituye un acontecimiento en nuestro limitado mundo artístico, nosotros también, á fuer de crítico-cronistas, no queremos

desperdiciar la ocasión, y desde el tripode de estas columnas echaremos el cuarto á espadas á que tiene derecho cualquier ganapán que acatara los oídos de cualquier prójimo que quiera ó no oírlo.

A Gobi lo hemos visto mezclado entre los curiosos que juzgan sus cuadros, discurriendo de aquí para allá, oyendo las opiniones de unos, entablado conversación con otros y derramando esa verba italiana sonora y fácil que posee. El artista, como todos sus congéneres, no se halla muy próspero en cuestión pecuniaria; de aquí que no cultive el *arte por el arte* sino *per i soldi* y que hecho todo un *Luca fa preti*, nos exhiba esa balumba de cuadros, en que los buenos se codean con los malos y en que quieren reñir los hijos legítimos de la fantasía del pintor, con las copias serviles y adocenadas de cromos y grabados.

Gobi, puede llamarse sin vacilar un buen artista

y merece, fuera de toda duda, un puesto distinguido entre lo mejorcito que aquí tenemos en cuestión pictórica; posee desde luego un conocimiento exacto del dibujo y la perspectiva, tiene factura franca, riqueza y vigor en el colorido y buena fantasía para crear. ¡Lástima que al lado de estas buenas cualidades notemos ciertas durezas de principiante, que afean algunas de sus obras y, sobre todo, lo que es imperdonable, esa falta de originalidad: ser á veces copista!

Las figuras constituyen el fuerte de Gobi; da buen contorno y morbidez á las carnes, buena luz y color á los semblantes, facilidad á las actitudes y mucha verdad á las telas. Los paisajes son tal cual muy inferiores á las figuras, y las marinas, no quisiéramos decirlo, son... muy malejas.

Las telas que desde luego impresionan, las que llaman la atención del inteligente por la soltura de la ejecución rápida, casi de primera intención, por lo fiel del dibujo, la blandura de los contornos y la profundidad del ambiente, son las tituladas: *Gioventu* y *Pituci*.

El primero de estos cuadros es lo que puede llamarse una *monada*. Aquella joven elegante, lozana, sonriente, de formas graciosas y finas, envuelta entre flotantes tules, destacándose sobre el horizonte vago y lejano, en un ambiente alegre y lleno de luz, sentada sobre aquel muro, la mirada perdida en el espacio y á sus pies las flores y enredaderas, tiene realmente belleza, aire, primavera, juventud; el título está, pues, bien buscado y el tema bien ejecutado, por un pincel franco y hábil que sin pacientes amaneamientos ha transportado los colores á la tela, produciendo notas de luz que alegran, que sonríen.

De *Pituci* diremos lo mismo: está bien imaginado y mejor ejecutado, es una impresión feliz.

¿*Chi vincerà?* es un cuadro de otro género, menos suelto, menos inspirado, menos fresco tal vez, mas no por eso desprovisto de sabor y estudio en su composición y mínimos detalles; las figuras y términos bien situados, el colorido acertado, los dos chicos con intención y gracia, forman un interior simpático; algunas pequeñas durezas destruyen, por desgracia, en algo, el efecto del cuadro, aquel gallego que parece buscar un grano en el pavimento: es de palo.

Merece aplauso por lo correcta y lo fácil, una encantadora cabecita de joven rubia, de perfil, con una coquecilla blanca.

Floraia no es tampoco un mal cuadro: el raso de la falda de la florista está admirablemente tratado, los reflejos de la seda crema son exactísimos.

Leyendo el Quijote, es un bonito estudio del natural.

Lettura allegra también lo sería, si no fuera por el derroche de carmin en las narices y mejillas de los buenos viejos.

Burrasca es una marina muy mala, falsa de color y dibujo.

Hay una manchita de color que representa la caída de la tarde, un río, á la derecha un malecón, un camino y unas casas sobre el cielo nublado, todo es muy bueno, exacto y enérgico.

Aquel otro cuadro que representa un salón Luis XV con damas y caballeros bailando un minué, á pesar de estar muy bien estudiado y aca-



RUINAS DE LA CASA DEL GENERAL SAN MARTIN EN YAPEYÚ

bado, no es original y es muy durito.

El paisaje que llamaremos *Claro de luna*, no es digno de figurar en medio de cuadros como *Gioventu*, *Fioraia*, *Pituci* y otros.

Hay muchos otros lienzos buenos de que nos podríamos ocupar si no temiéramos alargar demasiado esta crónica.

Resumiendo diremos, que la exposición Gobi merece visitarse por todos los *amateurs* y los que deseen embellecer sus salones con alguna tela, pues saldrán los primeros contentos y los segundos con algunos pesos de menos y un buen cuadro más.

El señor Gobi ocúpase al presente en decorar los espléndidos salones del señor Tomás Howard, habiendo adoptado el estilo Luis XV. Se nos dice que la obra está resultando hermosísima y del más delicado gusto.

TINTORETTO.



PERSPECTIVAS DE GUERRA

Estos dos artículos que reunimos en uno, y publicamos á petición de un distinguido colaborador brasileño, han llamado la atención con justicia, por su valer literario y las consideraciones del pensador que las escribiera. Atribuidos, en un principio al señor Nabuco, cuya biografía y retrato publicamos en este número, ha sido negado por éste, según por la carta siguiente se puede ver, la paternidad de ambos escritos, que pertenecen á un notable literato del Brasil, que esconde su valiosa personalidad bajo el pseudónimo con que los firma.

He aquí la carta:

Río, 25 de julio de 1898.—Mi caro é ilustre amigo: Permitame que realice por intermedio de las mismas columnas de su periódico, un *acto heroico*, declinando la paternidad de los artículos que bajo mi nombre ha publicado *El Diario*. Me cuesta mucho, en verdad, alejar de mí las demostraciones de afecto y reconocimiento que me van llegando de amigos argentinos debido á esos artículos; pero como no son míos, no me resta sino arrancar yo mismo las brillantes plumas ajenas con que la amistad de ustedes me ha revestido.

Nunca escribo sin firmar; sucede, además, que muchos de los conceptos de aquellos artículos están en divergencia con lo que aún muy recientemente escribí en mi libro *Balmaceda*. El escritor de *O Debate*, autor de esos artículos, es un joven amigo mío, uno de los más bellos talentos de la nueva generación política del país, que volvió encantado del Río de la Plata.

Llevó él para usted una carta de presentación mía, así como otras para el general Mitre, general Roca, Rafael Obligado, A. Dávila, y otros ilustres representantes de la cultura argentina, y cuando yo se las di sabía bien la impresión que había de traer.

Si declino, empero, mi caro amigo, la paternidad de ideas y frases que no me pertenecen, no declino por cierto, la simpatía y la admiración que el escritor demuestra hacia el maravilloso país de usted, respecto del cual tantas veces he escrito y hablado en el mismo tono y bajo las mismas impresiones.

Ahora mismo concluyo la *vida* de mi padre, la cual es, en parte, la historia diplomática, bajo nueva luz, de la Triple Alianza y la defensa de la posición que él asumió—siendo por eso hasta calificado de *argentino*—de mantenedor hasta el fin, de la política del 1.º de mayo de 1865.

Tengo todavía en mi espíritu una vibración histórica de esos tiempos; de esos tiempos en que Chile aún no estaba con el Brasil, y en que la lealtad, la intuición, el genio político de Mitre nos preservó de una coalición americana contra el Imperio. Tengo así, á más del deslumbramiento traído del Plata, del reconocimiento por la caballeridad que encontré en todas partes, de la poesía que atesoré, atravesando la Pampa hasta Mendoza y subiendo el Paraná hasta Corrientes, una afinidad argentina más fuerte que esas, especie de herencia paterna, de rememoración de la mocedad, que es la alianza sin ejemplo en la historia, — como bien dijo uno de nuestros ministros de negocios extranjeros,—entre nuestros países, por la lealtad recíproca con que fué mantenida durante tan largo plazo y á través de



VIANNA DA MOTTA — EMINENTE PIANISTA

tantas contingencias y azares como experimentaron.

Por otra parte,—y no debo encubrirlo,—Chile, que no tengo la fortuna de conocer como conozco el Plata y del cual me falta, por lo mismo, una



D. JOAQUÍN NABUCO
NOTABLE PUBLICISTA Y LITERATO BRASILEÑO

educación personal, conquistó nuestro reconocimiento por la amistad absoluta que nos tiene demostrado en los últimos veinte años—amistad que él cultiva con la firmeza y vigor de una política nacional, aceptada y practicada por todos los partidos. En tales condiciones, yo nunca hubiera escrito los artículos que me han sido atribuidos, porque de parte del Brasil, tratándose de una guerra posible entre su antiguo aliado y su nuevo amigo, cualquier inclinación á uno de los dos lados podría ser un impulso, mientras que no debe haber sino la expresión de un sentimiento de positivo horror por tal guerra de hermanos, guerra triste y fatal, cualquiera fuere su resultado momentáneo; guerra sin leyenda nacional y sin gloria posible, pura destrucción de aquello que la civilización le ha quitado al desierto; vista de fuera, guerra perversa y contraria al progreso, al crecimiento, al crédito, á la rehabilitación de la América del Sur.

Si yo tuviera que pronunciarme entre Chile y la Argentina, me pronunciaría contra el agresor, cualquiera que fuese el pretexto ó el motivo; contra el que prefiriese la guerra al arbitraje.

Mis votos, ya que se me ofrece esta oportunidad de expresarlos, son que, de parte á parte,—sobre todo en la prensa, que es la región de las tormentas y de las avalanchas—no se pronuncien sino palabras de paz y de cordura; que la Argentina no olvide que Chile fué por mucho tiempo su mejor amigo, que formaron en la época de las luchas por la independencia y por la libertad una sola patria intelectual, un solo foco de aspiraciones patrióticas y liberales; y que Chile comprenda, por su lado, que la guerra por cuestión de tierras, como interdicto posesorio de regiones todavía inexploradas en un mundo despoblado como la América del Sur, es un atentado contra sí mismo. En tal guerra, la derrota, que atemperaría y corregiría el carácter del vencido, sería tal vez mejor que la victoria, que desmoralizaría al vencedor. No imaginemos, sin embargo, semejante desenlace. Preconceptos, desinteligencias nacionales mucho más hondas que éstas que parece quieren surgir

entre argentinos y chilenos, pueden convertirse de repente,—y la historia de cada uno de nuestros países lo demuestra,—en aprecio mutuo, amistad sincera y en alianza para grandes fines nacionales.

Si quiere que le diga todo mi pensamiento, lo que yo desearía ver sería una alianza pacífica ó el tratado de perpetuo arbitraje entre la Argentina, Chile y el Brasil, alejando así toda posibilidad de un rompimiento entre cualquiera de ellos.

Le ruego, mi ilustre amigo, el favor de dar á esta carta mía la misma acogida que dió á los artículos que me fueron atribuidos y que hoy circulan con mi nombre por toda la prensa, á fin de ver si esta rectificación puede ir todavía á sus alcances; y créame muy sinceramente su atento seguro servidor.—*Joaquín Nabuco*.

EL CARACTER CHILENO

Sud América está en vísperas de una guerra que, sin tener la majestad de las campañas europeas, donde el peligro de la civilización es mayor y se juega el destino de una estupenda masa de hombres: aún así, es un caso serio por la energía y ferocidad de los enemigos, que apenas salidos del salvajismo, al primer ardor de la sangre volverán á él, rompiendo rápidos las armas augustas de la cultura y poniendo en ridículo los afamados progresos del derecho. Nada hay más distante de la realidad, que el ideal jurídico.

Los publicistas proclaman la guerra como terminada y ella vuelve implacable. Dicen que, á semejanza del derecho privado, el derecho internacional está en el período del arbitraje. Las apariencias, en una serie de circunstancias, les dan razón, pero he aquí que surgen dos conflictos al mismo tiempo, y conflictos armados que desmoralizan la teoría. Es que el problema, para ser resuelto, necesita poner en discusión elementos que lo estorban, como son las nacionalidades, las patrias y todas las limitaciones que la metáfora ha creado, pero que la realidad y el progreso han de abolir.

Y el ejemplo de que la guerra no puede ser suprimida absolutamente por el arbitraje, es el que nos van á dar Chile y la Argentina, que, habiendo adoptado éste

como forma de solución a sus divergencias, buscan pretextos para eludir sus compromisos y dar expansión a sus medios de combates, satisfaciendo el odio recíproco en una guerra de exterminio.

En 1881, ambas naciones firmaron en Buenos Aires un tratado, estableciendo las líneas generales de sus fronteras. Estas se deben desenvolver por las altas cumbres de la Cordillera Andina, que forman el alto de las vertientes hasta el paralelo 52° lat. Sud. Es la parte dudosa y que se presta a profundas divergencias, pues el texto es contradictorio. La línea tortuosa de que habla el tratado, no coincide exactamente con las sinuosidades de las vertientes. En los Andes patagónicos, las dudas han aumentado, porque las cadenas de montañas son interrumpidas por numerosos precipicios y fiordos que los circundan viniendo a bañar las planicies del oriente de la Cordillera. Trátase de una extensión de más de cinco mil kilómetros.

Para ejecutar ese tratado, ambas naciones interesadas nombraron peritos. Las profundas divergencias de éstos sobre la línea de vertientes hasta el paralelo 52 y que eran esperadas, han levantado los ánimos y son el codiciado pretexto para arrojar a dos pueblos a una guerra, que la razón fría y superior llamará injusta, loca y temeraria, pero cuyos impulsos fatales dimanar del fondo de la naturaleza y de la historia.

Y es atendiendo a estas causas, tan radicales y orgánicas, que se puede desde luego afirmar que es la guerra antes que un deseo, una aspiración chilena, que un plan, un movimiento argentino. Natural é históricamente, los chilenos son un pueblo belicoso, mientras los argentinos, aunque ardorosos, entrarán más rápidamente en la senda de una civilización pacífica, laboriosa y mercantil.

Chile es una faja de tierra escasa que la naturaleza estrecha entre la cordillera y el Pacífico. Al norte está la región desolada del Atacama; al sur, la Patagonia, frígida y estéril. Las montañas son inmensa mole cuyas cabezas perforan las nubes, cerros escarpados, sin vegetación, inaccesibles, y cuya nieve eterna es a veces disuelta por el humo de los volcanes. El mar no es un lago como el de Grecia, encerrado entre islas uniéndolo los pueblos, penetrando en las mil anfractuosidades del litoral. Es la superficie inmensa de un océano que impresiona por lo horrendo y espantoso. La costa es una línea casi recta en la región poblada: rota por una u otra ensenada que se abre para recibir a los navegantes atemorizados. En su aislamiento del resto del mundo entre cuatro monstruos, el Atacama, el Pacífico, la Patagonia y la cordillera, el chileno está circunscripto, aplastado, y su vida es una lucha contra los elementos físicos. La región es una ciudadela inexpugnable, cuyos horizontes están cerrados por limitaciones que impresionan la imaginación. No hay para los chilenos una salida fácil y natural, que los ponga en comunicación con los demás pueblos. El mar los ha tentado en un principio y se aventuraron a navegarlos.

Noches y días de tormentos entre la vida y la muerte y apenas lograron firmar el padrón nacional en las rocas de Waihu. Por todas partes el mar sin fin, el desierto movedizo, la soledad del agua. Volvieron al desfiladero, que es el territorio patrio y no pensaron más en vencer el océano inútil, interminable, estéril.

El suelo es pobre y casi árido. No hay pastos para el ganado. No hay ríos caudalosos como acontece en toda la costa occidental de América. Los lagos son muy pantanosos y salinos. Es un terreno sin flora é impropio para la agricultura, limitada a cereales, sin una gran producción que penetre en la cotización de los mercados universales. Lo que Chile produce, sólo alcanza para su consumo. Su pequeña riqueza consiste principalmente en minas de salitre, de que vive su exportación. Sin industria, sin agricultura, sin una gran preocupación de tráfico, la nación se caracterizaría, no como un tipo mercantil, sino como un pueblo guerrero y militar. La organización social, de acuerdo con el medio físico, le ha afirmado en este destino. Chile es en su prehistoria, el país de la Araucanía. De sus valerosos antepasados le ha quedado la energía indomable que fructificó con la savia de los aventureros españoles, de los piratas ingleses y holandeses.

Todas estas razas han combatido allí largos años, y los productos de su cruzamiento, que son los chilenos, empezaron a pelear desde temprano. Su independencia fué costosa, y su nacionalidad política brotó con esfuerzos, pero con seguridad y tesón. Fué la gestación de la encina. Hay en las líneas generales de esta formación, algo de lo que pasó en Roma; el mismo aspecto de ciudadela, las mismas luchas de desarrollo. Aún así, las diferencias del medio físico son profundas y desfavorables para Chile. Roma no tenía la cordillera, tenía colinas. Roma no tenía el mar tenebroso, tenía gente humana, y en su vecindario, otros pueblos que tentaban sus energías. Las limitaciones que estrechan a Chile, lejos de fortalecer el espíritu como las dificultades que se oponían al progreso de Roma, debilitan la razón para desarrollar y soltar las riendas de la imaginación, que aún así es dominada por la necesidad física que tiene la raza, de trabajar y vencer al hombre. Y como elemento de mayor perturbación moral, no faltan los terremotos, que por su carácter de suceso impre-

visto, transmiten una impresión sobrenatural, haciendo incierta la vida y vacilante el porvenir.

Políticamente, Chile es una aristocracia territorial, su riqueza está en la gran propiedad indivisible en manos de los señores, al rededor de los cuales giran los peones, trabajadores sin derecho a un milésimo de la tierra que explotan. Es un país de patrones con todos los privilegios y desdenes de la clase. La dirección del Estado les compete y se la dividen en varias posiciones, miembros de parlamento, jefes de la marina y del ejército, y presidente de la república. Repitiéndose la división clásica entre nobles y plebeyos, era fatal que ellos empeñaran la lucha para el dominio definitivo. La dictadura de Balmaceda no tuvo otra significación que la de ser órgano del pueblo contra la aristocracia, fué, en el mejor sentido de la palabra, un tirano histórico, como Clistenes, en Atenas, Servio Tulio, Mario ó César en Roma. La derrota de Balmaceda significó la victoria de los señores, el triunfo conservador de la vieja sociedad contra la nueva.

La ciudad antigua venció con la marina, que en los tiempos modernos tiene un carácter aristocrático, como en otros tiempos la caballería, por la selección de la cultura, del color y de los sentimientos. El ejército es, al contrario, plebeyo: formase de las clases mestizas y pobres. Sobre él no podría reposar la defensa de una sociedad noble como la de Chile.

Una nueva guerra internacional en que el ejército tenga que representar un papel preponderante, será decisiva para destruir el predominio de la nobleza de Chile. Y quizá sea este uno de los problemas que el conflicto argentino-chileno traiga en su misterioso fondo. El ejército vencedor es la victoria del pueblo, y entonces los ideales de Balmaceda vengarán, ellos que no han muerto y que parecen siempre más vivos, pues no se puede hoy gobernar a Chile sin contar con ellos y sus representantes.

Estos problemas de organización política no han alterado el carácter chileno, el único de los caracteres sudamericanos, que, si no está cristalizado, tiene el molde vaciado en bronce. El carácter es aquel que la naturaleza, la vida de combates, los precedentes históricos indican como un carácter fuerte, resuelto, positivo. Se puede decir de los chilenos lo mismo que se ha dicho de los romanos: «Son un egoísmo disciplinado». La forma de este egoísmo es social, colectivo, consecuencia de la abnegación individual. El chileno olvida su bienestar, su interés, por el del país. Tiene un patriotismo enérgico, militante, una unión íntima, estrecha con la sociedad.

Esta, que es la suma de los desprendimientos de cada uno, se manifestará como en todo: orgánico, compacto; y en sus planes y ambiciones, será duro é intransigente para con todos los que le ofendan ó busquen destruirle. El enemigo es siempre aquel que le perturbe el desarrollo, sea el ciudadano que tome armas en las guerras civiles, sea el país vecino que amenace su independencia ó le estorbe los proyectos de engrandecimiento. En Chile todos tienen un partido. Allí sería imposible la neutralidad como un refugio a los espíritus superiores.

La crueldad que ostentan en la guerra, es aun un aspecto de su egoísmo nacional, porque reviste el carácter de un castigo, de una pena, y nunca un placer mórbido de hacer el mal. El mismo exceso de sentimiento nacional llevan los chilenos a combatir a sus vecinos. Estrechado en aquella faja que le ha cabido en herencia, Chile busca su ensanche. La suprema aspiración de su raza es desdoblarse más allá de los Andes.

Hacia el norte ellos lo conseguirían, atravesando Atacama é internándose en el suelo de Bolivia. Pero su desilusión fué profunda. Un desierto no era lo que les faltaba. Ellos lo tenían al Sur de la Patagonia. Lo que necesitaban, pues, eran tierras fértiles, de extensos pastizales, para el ganado, de planicies, de valles, de ríos, en fin, de cuanto puede aproximarse a esa civilización oriental, que los Andes le cierran. Y un día, lleno de este sueño, de este deseo tormentoso del alma, el chileno sube a la cumbre del Aconcagua.

Del alto de siete mil metros, el horizonte es casi el infinito, y allí, él, absorto, contempla el sol que va surgiendo bajo sus pies. Un vértigo se apodera de su cerebro; la sangre le congestiona el corazón. Sobre la nieve, su sombra se proyecta con el gesto y con el aspecto de un gigante. Y como el cóndor, cuya imagen es, abre los brazos y en un impulso de posesión, de conquista, se lanza sobre la pampa infinita.

LOS ARGENTINOS

La guerra sudamericana que Chile provoca, vendrá a poner de relieve a las miradas del mundo, la importancia de la República Argentina.

Entre los Andes y el Atlántico, en plena zona templada, se ensancha la gran planicie del Plata. Es una región feliz, como pocas lo son en el globo. Al norte, sus provincias que se cubren de bosques, un suelo húmedo y caliente, enclavado entre el Paraná y el Uruguay. Es un país agrícola, el granero de toda la República. La naturaleza no aplasta al hombre: mantiene la proporción exacta que da confianza y confort. No hay montañas inmensas, tenebrosas; hay cuchillas redondeadas, donde el arado surca y el trigo crece.

Los ríos son espléndidos, vastos y abiertos, sin tropiezos que impidan su curso ó dificulten su acceso. Todo es fácil, risueño, encantador. Abajo del Paraná, a la izquierda del Plata, se extiende la Pampa.

Es la sabana sin fin, cuyos horizontes movedizos forman espejismos extraños, como los grupos de nubes en el cielo. El gaucho que allí habita, tiene como el árabe, de que desciende, la pasión del desierto.

El lo conoce en todos los ámbitos, como un navegante conoce el mar. En las dos grandes partes de la tierra, que son la imagen corpórea del infinito que tenemos en el alma, en el océano y en la planicie, el hombre siéntese diferente. La impresión del mar es de terror. Cuando nos hallamos sobre la superficie móvil de las aguas, nuestra personalidad pierde su exactitud; una impresión de miedo, de incertidumbre, de angustia, nos oprime y arranca de nosotros la porción de individualidad que nos distingue. En la planicie, la sensación es otra. El hombre acampado sobre el suelo, considérase dueño del mundo, mide el horizonte con seguridad y con firmeza pisa la tierra. Las perturbaciones que sufre la personalidad son diferentes; se puede decir que hay un exceso de individualidad, una hipertrofia del yo, proveniente del sentimiento de posesión real y de la aspiración de dominio, y nunca se podrá decir que haya una disolución de energía psicológica.

Si el horizonte es intangible, si los campos no tienen límites, el hombre no se aterroriza; al contrario, su alma se dilata, desdoblándose como para recibir todas las fuertes impresiones que se transforman en grandes sentimientos.

Tales es el efecto de la planicie en la formación espiritual del pueblo argentino. Ella lo adapta a su imagen, lo vacía en su molde, le da la inteligencia abierta, clara, sin vacilaciones; le inculca un sentimiento real, positivo de vida, una gran exactitud y una nitidez moral, que dimana de la visión íntima y justa de las cosas.

Además de la elasticidad de la planicie, la República Argentina tiene para facilitar la civilización, otras dos condiciones: el estuario del Plata y la proximidad de Europa. Aquel le ofrece el puerto amplio, sereno y seguro. Si no tiene la profundidad de las bahías del Atlántico, cuenta con la extensión de ensenadas que abriga miles de embarcaciones. Y estas llegan de todas partes, a realizar el gran comercio de las lanas, de los cereales, del ganado, ó el pequeño comercio ribereño de diversos productos. El Plata, cuajado de buques, de falúas que van navegando hasta el fin de los afluentes, es un brazo de unión entre la campaña, la floresta umbrosa del Paraguay y el mundo civilizado. La naturaleza amiga dió al hombre esta vía natural que pone en comunicación Corumbá y París.

Los extremos de la cultura humana liganse por las aguas plácidas de los ríos argentinos.

Buenos Aires es como un reflector de la civilización, sobre la Pampa, sobre el Paraguay, sobre Matto Grosso. Quien visita una vez la capital argentina puede calcular el grado de adelanto de la nación.

Es una hermosa ciudad, como de las mejores del viejo mundo, por el lujo y el confort. Quizás menos intelectual, sin vida literaria, sin grandes fuerzas espirituales, sin preocupación exclusiva del arte y de las ciencias. Mas, aún así, es una ciudad alegre, viva y llena.

Con sus calles anchas, espaciales, en la parte nueva de la ciudad, cruzadas a cada momento por numerosos carruajes, con sus palacios de una arquitectura cuya nota es la suntuosidad, con sus espléndidas tiendas y restaurants de lujo, con sus templos, edificios públicos y bellos parques, Buenos Aires no tiene rival en Sud-América.

Ya se ha dicho que por su aspecto moral es una ciudad de sportmen y que el «Jockey Club» es el símbolo del pueblo. Todavía, no pudiendo ser una ciudad de artistas, ella gana siendo una ciudad de mundanos. Eso le da un tono de elegancia, de confort, que contrasta con la pobreza, con la escasez y a veces con la inmundicia de las otras capitales de los países vecinos.

¿Qué importa que la Diana de Falguière esté colocada en la curva de una escalinata sin horizonte, muerta la perspectiva? Lo principal es que el rico argentino, turista, criador ó corredor de caballos, tiene elementos en su bolsillo y en su espíritu, para volverse hacia el arte y arrancar a Francia sus mejores obras artísticas. Una generación que será más artista, ha de sucederla, y entonces la Diana saldrá de la escalinata donde se encuentra, y buscará el local, que la justa proporción y el buen gusto sin duda, le destinarán.

Por el momento, el argentino se divierte con otras preocupaciones: él sabe exhibir sus carruajes; sus caballos; sabe organizar fiestas en los parques; sabe hacer el *corso* todas las tardes en las avenidas de Palermo. Las clases son bastante diversas para que haya esta sociedad, en que el lujo y la diversión sean una ocupación de mucha gente.

Es el resultado de la riqueza, que hace de la ociosidad, un fin exclusivo de vida.

Esta desigualdad entre los hombres, es el fruto de una civilización requintada, que da a una asociación de ayer la misma impresión de la calvicie y de las canas en una cabeza joven. Y este es el peli-

gro de la organización nacional argentina, fasciada por el lujo y dividida entre la riqueza y la miseria.

Para llegar a tal situación política, la República Argentina hizo un largo trayecto. Ella, sin embargo, lo recorrió gradualmente. Todas sus revoluciones vinieron a completar la evolución normal.

Quien lance una mirada sobre la historia argentina no descubrirá ningún desvío, algún gran progreso que fuese luego desvirtuado por un retroceso. No se pasó de la autoridad para la libertad, con precocidad, a punto de abandonar ésta para volver a aquélla. Nada de esas vacilaciones, estos regímenes artificiales, que aunque muy civilizados estuvieren, están por encima del nivel psicológico del pueblo.

Se puede decir que todas las expresiones de formación política son las más convenientes a la cultura y civilización del país, en el momento en que ellas se realizaron. La morfología se ajustó a la fisiología como en los organismos perfectos. No hubo forma que no correspondiera a un sistema exacto de funciones. La teoría que procura ver en la evolución de los pueblos las mismas leyes de la transformación del mundo inorgánico y animal, tiene en el caso argentino un bello documento de prueba. Si es verdad que cada ser repite en su elaboración, toda la evolución orgánica de la especie, de que se hace una repetición resumida, abreviada; si es cierto que este fenómeno se verifica en los cuerpos siderales, que todos pasan del estado de materia cósmica gaseosa al de solidez y enfriamiento; si es exacto que en el dominio de la biología un individuo repite, durante la gestación, toda la evolución de la serie, se podrá, por analogía, admitir que también las naciones, en su formación, pasan por todos los estudios ya vencidos y traspuestos por pueblos anteriores, y que hay una repetición de la historia de la humanidad.

El viejo Oriente fué teocrático, como aun hoy lo son algunos pueblos de la India China, y de la altiplanicie del Asia, que quedan cristalizados en su organización para atestiguar la evolución antigua. La Argentina, también en su principio, fué una sociedad teocrática. Era el dominio del jesuita que ejercía la dictadura material y moral.

El estado fué organizado por los religiosos que esclavizaron la gente, poblaron las márgenes de los ríos, devastaron las florestas, fundaron las ciudades, levantaron monumentos, que aun hoy recuerdan su paso en las selvas del Paraná.

La obra de los jesuitas fué lógica y fué buena, porque ellos dieron una verdadera posición, estado de imperio, reuniendo las tribus dispersas, fundando bajo su autoridad, las bases de una nación. Su etapa pasó, cediendo un tanto a la influencia de los decretos que abolieron el orden, extinguiendo el gobierno de las Misiones, si no al propio y fatal desenvolvimiento político, al contacto de los militares que fueron llegando y sustituyendo la sotana por el uniforme, la tonsura por el capicete, y el breviario por el sable.

El país quedó entregado a los capitanes y gobernado por los virreyes armados. Fué la sustitución natural del estado teocrático por el estado guerrero, militar. Hubo muchos padres que abandonaron la celda y se incorporaron a las tropas. Son los tipos simbólicos de esta tradición.

El influjo guerrero tuvo como resultado aniquilar al indígena, facilitando la inmigración y levantar el espíritu popular por las campañas, por las luchas, que hicieron la raza fuerte, audaz y aguerrida.

Los cabos de guerra de la Argentina organizaron la unidad política de la nación, recorriéndola de punta a punta, atravesándola en todas las regiones, dominándola por las armas. Y si fueran más allá de su país, batiéndose con otros pueblos, realizando el aspecto de civilización que hay en la guerra, cual es de fortalecer al hombre y establecer el comercio internacional del espíritu de las razas diferentes, lo que sucede siempre después de las batallas sangrientas.

La civilización militar en la República Argentina produjo en el principio de la independencia nacional, un fenómeno político de gran alcance. Fué la constitución de una aristocracia formada de hombres de armas y señores territoriales. La sociedad se fraccionaba entre nobles y plebeyos. La oligarquía se organizó fuerte y dura, como ella lo sigue siendo, en todo el mundo. No hubo resultado alguno para el arte, para la ciencia, ni tampoco la industria caminó mucho. La pampa continuó misteriosa, insondable; apenas la agricultura se organizó en las provincias del norte, entre los grandes ríos.

No es posible una civilización, sólo compuesta de señores. Es preciso que haya en la sociedad la colaboración de los esclavos, de los anónimos, y que cuando ella viene espontánea ó por la necesidad de expansión, es siempre más fructuosa que ordenada por el sable ó el látigo.

Fuó por esto que la oligarquía en el Plata nada hizo de grande, y su acción fué provocar la reacción popular. Chile espera aún la victoria del futuro Balmaceda. La República Argentina ya tuvo un Rosas.

La política visible, el plan de gobierno que fué el programa claro del tirano, era un error. El quería hacer la confederación contra la unidad. La misión inconsciente, aquella que es ciega y que

nadie descubre luego, esa era verdadera, y había de triunfar a nombre del progreso. La historia destruye el lado artificial de la obra del dictador. La República Argentina, como todos los pueblos, pasó de la fragmentación a la unidad.

Los salvajes unitarios de Urquiza, de Lavalle, están vengados, pero la historia ha de glorificar a Rosas, porque él fué el órgano de la democracia contra la oligarquía, fué el tirano clásico que vino a terminar el periodo del dominio de los señores territoriales.

Sus sucesores son todos de la misma progenie, de los mismos ideales. Se maldice la memoria del sanguinario dictador, pero la incorporación del gaucho, del proletario, del inmigrante, a la obra nacional, quedará como una conquista definitiva. Desde entonces la república fué otra. Entraron masas de hombres que venían en busca de un refugio en este clima dulce, en esta planicie fértil é infinita.

La propiedad se resintió de esta continua perturbación, empezó a dislocarse, pasando a manos más fuertes, más aptas, más energías. El tipo político de la sociedad se transformó en mercantil é industrial. La riqueza proveniente del trabajo y de la audacia, trajo el alcance psicológico de desarrollar de ampliar la idea del valer personal. El acceso al alto puesto, se hizo fácil y cada cual confía escalarlo por su mérito, por su capacidad de conquista.

Una sociedad así constituida, es una ciudad abierta, en que todos entran para trabajar y aspiran a vencer. Y ella dió a la política una concepción mundana, ligando el hombre a la nación.

Del dominio de la democracia rica, más aún que del de la aristocracia clásica, puede resultar un estado de arte, de industria y de ciencia; puede haber una época como la de Pericles, ó de los Médicis.

Y si el fin de la humanidad es procurar una felicidad para todos ó por lo menos mayor desenvolvimiento estético y moral, este es el principio dominante de la evolución de la República Argentina, que se traza en el sentido de la victoria de la industria, del arte y de la libertad, sobre el precepto feudal. Ella está muchos pasos más lejos que la de Chile.

Si la guerra viene, el perjudicado será el pueblo argentino que, a lo menos, tendrá que defenderse y distraer sus energías de las artes de paz para las de cosas bélicas. El chileno hace la guerra por un impulso de temperamento, por una fatalidad topográfica é histórica, procura la batalla como una válvula de expansión para los fermentos de su carácter atrasado y egoísta.

Hay gran solemnidad, en este duelo entre la montaña y la planicie. Aquella simboliza la nación de piedra, la roca escarpada y dura donde vive el cóndor; ésta es el paisaje donde se ven a lo lejos las florestas del Paraná, llenas de sombra y atravesadas por ríos majestuosos, donde se descubre el Plata azul y sobre su orilla la ubre inmensa, donde se distingue la playa que el océano viene a besar y el humo lejano de los vapores llenos de los que huyen de la miseria universal; donde se ve el campo cubierto de trigo, ó la pampa, limpia como el cielo sin fin, dilatándose para el hombre que la devora al galope del corcel; todo un conjunto de prosperidad, de riqueza, de gracia fácil, de tranquilidad, de esperanza.

Si la guerra viene, Chile debe ser vencido a nombre del progreso.

El es el bárbaro, que quiere destruir la civilización, es el pasado que quiere perturbar el futuro. Chile será repelido hacia el seno de sus montañas.

IGNOTUS.

De O Debate de Rio de Janeiro.



A LOS QUE ESTUDIAN

Para Mariano de Vedia.

Arriba, juventud! Nobles y grandes
Ideales purísimos alienten,
Los que son de la patria bendecida
Auroras de la gloria que ya esplende.

Camino del edén, la frente erguida,
Ya la montaña asciende,
La Virgen de las pampas dilatadas,
La señora de todo un continente.

Y vosotros, que sois de su corona,
Hermosa juventud, altiva siempre,
El gajo de laurel, premio de gloria,
Y realidad de un porvenir sonriente;

¡Aprended y enseñad! Guarda el pasado
Que a mi patria ennoblece,
Enseñanza inmortal; germen fecundo,
Que desde el fondo de su historia emerge.

Recordando sus triunfos infinitos
Ni el orgullo ni el odio os envenene,
¡Sólo viven el sueño de sus glorias
Los que civismo ni virtudes tienen!

Ser dignos de esos bravos y virtuosos,
Varones nobles, fuertes,
Que morían sonriendo por la patria
En lucha desigual y frente a frente;

Enseñar la virtud con el ejemplo,
Vasallaje rendir sólo a las leyes,
Y derramar la sangre generosa
Defendiendo el derecho que defienden;

Ese, tan sólo, vuestro anhelo sea
Si queréis que os recuerden,
Los que vendrán después, y que el pasado.
Como nosotros con unción contemplan.

¡Oh! Felices vosotros que a las puertas
Del templo del saber dobláis la frente;
La ciencia es la verdad; al patriotismo,
De la patria en el ara unida siempre.

ENRIQUE HALL Y RUTH.

Paraná, 1898.



CUENTOS CHICOS

EN ALTA MAR

El transatlántico resopló y se detuvo.

Cesó el rumor de las conversaciones de los viajeros, los rechinchamientos de las máquinas, el vocerío de la maniobra.

El cielo estaba raso; las olas se movían sin cambiar de sitio, al parecer, como montañas de plata y de esmeralda que tiemblan. Caía la tarde.

El infinito del cielo y el infinito del mar se perdían en dos líneas de luz y nácar.

¡Ahora, parado el buque, comprendíamos mejor nuestra insignificancia, nuestra pequenez, nuestro aislamiento, la incertidumbre del humano destino!

La tripulación formó sobre cubierta. Los pasajeros con el sombrero en la mano, y las pasajeras con la cabeza envuelta en blondas, tules y pañuelos oscuros, se agruparon también.

Apareció por una escotilla el capellán: era grueso y sonrosado, el pelo blanquísimo, de aspecto bondadoso. Sus dedos regordetillos movían nerviosamente las hojas de su breviario.

Salieron detrás dos hombres, dos marineros que subían un saco de lona. Eran muy recios; uno de ellos colosal. Encontraban ligera la carga y la traían con ademanes de cariñoso cuidado y de respeto.

Este saco afectaba una forma estrecha, larga, elegante, de líneas humanas. A no dudar, contenía un cadáver, y un cadáver de mujer.

Salió después el capitán del buque, seguido de sus subalternos. Todos con la cabeza descubierta y todos tristes. No con la tristeza que imponía el ceremonial, sino con la de un dolor sincero.

Dando el brazo al capitán y arrastrado por éste, como un autómatas, como un sonámbulo, venía un hombre joven, de gallarda figura, moreno, robusto: verdadero tipo del trabajo triunfante. Sin duda que era uno de esos grandes obreros del siglo, que transforman las soledades en poblados, que traen ríos de lejos; que unen mares y que tallan en facetas este diamante que se llama Mundo.

Al verle se estremecieron todos.

—¡Pobrecillo!

—¡Desgraciado!

—¿Puede haber desdicha mayor?

—Dicen que no ha pronunciado una sola palabra desde que murió ella.

—¡Yo he visto que rodaba por su mejilla una lágrima así!

—¿De qué sirve ser joven, trabajar, amasar millones, ser amado, ser dichoso... si en una hora, en un punto, perdemos lo que amamos, y al perder esto lo perdemos todo?

—¿Y ella? ¿Era posible ser más linda, ni más amable, ni menos vanagloriosa de su cara y de sus riquezas?

—Quien hablaba con ella una sola vez, quedaba enamorado, perdido; ¡qué ángel, qué trato!

—¿Y cómo se querían!

—¿Y qué pareja formaban!

—Yo les comparaba (y quien decía esto alargaba la mano mostrando una sortija) a este aro de hierro donde se engarza esta perla. ¡El, la fuerza; ella, la hermosura; él, el trabajo; ella, el beso que recompensa!

—Y, ahora, ¡nada!

—¡Todo ha concluido para ella!

—Y ¡para él!

Los dos marineros cogieron un lingote, que pesaría un quintal, y le ataron en el extremo del saco que correspondía a los pies del cadáver.

Después dejaron el saco en el suelo; le apartaron, y le dieron guardia.

El cura rezó una oración, entrecortada por los suspiros de las mujeres.

Los dos marineros alzaron el saco y le condujeron hasta el portalón del buque; allí le pusieron como de pie, le empujaron y le dejaron caer en el mar.

El saco, al caer, por una ley física se volvió de cara al barco y pareció mirarle un instante. —¡Se despide!— dijeron los tripulantes, como suelen decir siempre en este caso.

El sacerdote alzó sus ojos y sus manos al cielo, y dijo:

—¡Era un ángel y ha vuelto á Dios!

Las dos filas de marineros y de viajeros se movían ya para desunirse, cuando sonó la voz del capitán, que decía:

—¡Sujétalo, Brazo de Hierro!

El viudo se había desasido del brazo del capitán y de un salto se había puesto en el portalón, donde aún estaba uno de los hombres que había empujado el saco.

Brazo de Hierro era—ya lo hemos dicho—un hombrón terrible. Alargó la mano y detuvo al viudo casi en el aire.

Pero sólo un momento.... El deseo de morir tiene, sin duda, la fuerza de la pólvora que se inflama, y, con sorpresa de todos, con asombro del capitán, tras una breve lucha, la mano de *Brazo de Hierro* cedió y el suicida desapareció en las olas.

Dos botes cayeron al agua.... Pero fué inútil. Al hacer una ronda, el capitán vió á *Brazo de Hierro* inclinado en la banda, dejando perderse su mirada en la negrura del mar.

Le puso la mano en el hombro, y le dijo:

—¡No pienses en eso! Le pudiste salvar y no has querido. Su desesperación, sus súplicas te conmovieron. ¡Quién sabe si yo hubiese hecho lo mismo!

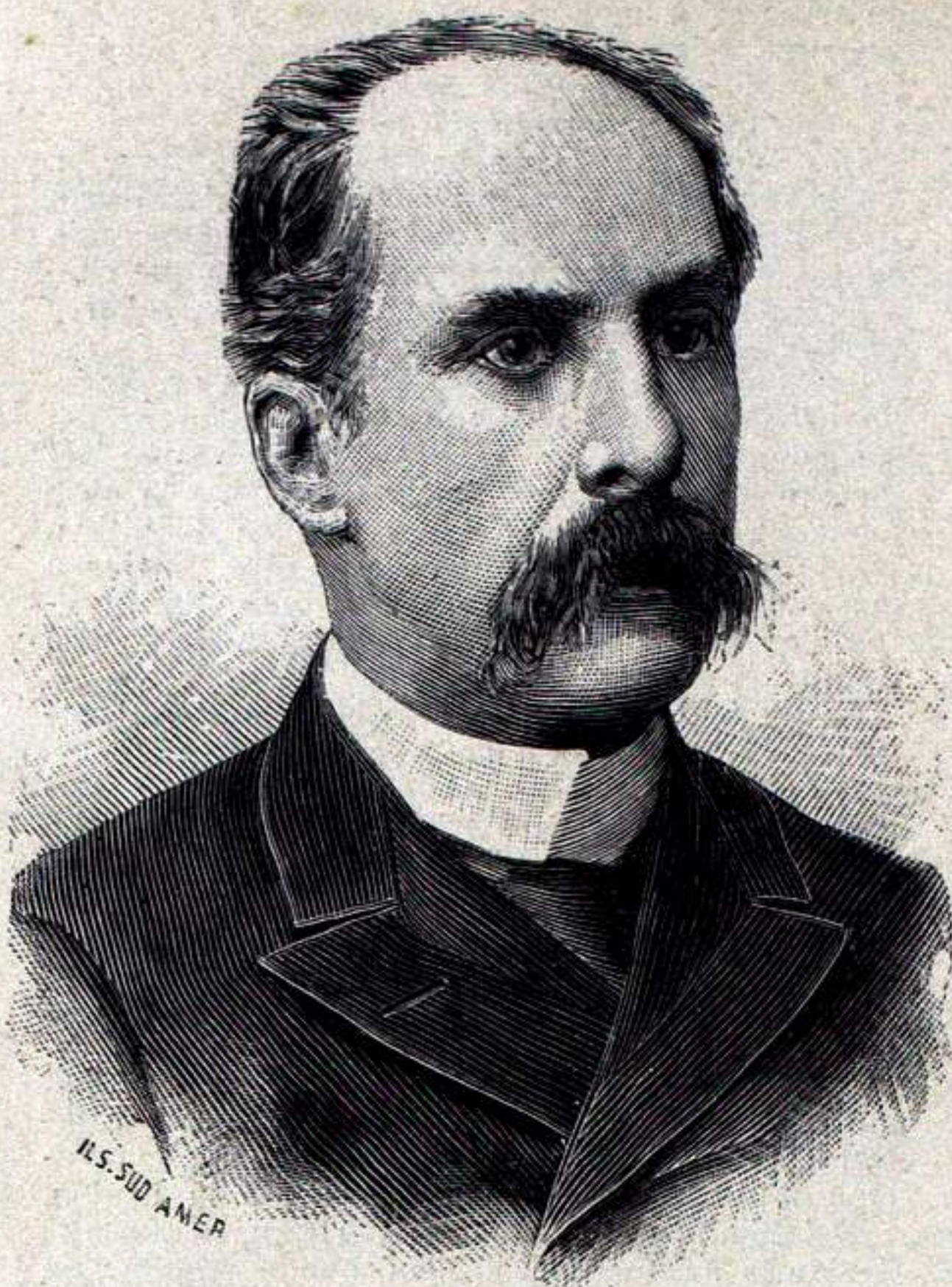
—Mi capitán—contestó *Brazo de Hierro* alzando los ojos al firmamento como buscando alguien tras las nubes de polvo brillante que formaban las estrellas.... —¡Dios nos juzga por las intenciones!

FERNAN-FLOR.



ESCUELA NAVAL]

Los asuntos navales han adquirido en la época presente primacía indiscutible al estudiarse las posibles contingencias de una guerra con el



DR. D. GONZALO RAMIREZ
MINISTRO DEL URUGUAY EN LA ARGENTINA

exterior en las naciones civilizadas del mundo entero.

La guerra entre la República norteamericana y España, ha puesto de relieve, aunque no con toda la claridad que los «técnicos» desearan, toda la

importancia de los modernos elementos de combate, y la capital importancia también de hábitos de disciplina, orden y estudio y observación, en oficiales y tropa de los buques de guerra.

De actualidad es, pues, para nosotros el estudio del centro de enseñanza, la *Escuela Naval*, de donde han de salir los brillantes oficiales de nuestra marina de guerra del futuro, y al publicar algunos grabados referentes á sus maniobras y ejercicios, vamos á hacer breve reseña histórica de este plantel de nuestra oficialidad de la armada.

El decreto de fundación de la Escuela Naval se dictó por el presidente Sarmiento en febrero de 1873, designándose en él, como buque escuela, al antiguo transporte á vapor «Almirante Brown», y nombrándose comandante director al entonces mayor don Clodomiro Urtubey, subdirector, al ex-oficial de la marina española don Rafael Lobo y profesores, al ex oficial de la marina norteamericana don Enrique Haistil y á los entonces tenientes don Emilio Chavarría y don Luis D. Cabral. El actual comodoro don Rafael Blanco, teniente de marina en aquella época, fué nombrado capitán de la compañía de alumnos, primer plantel de la escuela, formado por los aspirantes á guardia-marinas, que servían en los buques de la escuadra y por un pequeño grupo de jóvenes á quienes se facilitó el ingreso, haciendo un total de veinte alumnos.

Los estudios prácticos se iniciaron en marzo de 1873, con un viaje á las costas del sur, que tuvo término, por los malos tiempos que encontró el transporte, en el puerto de Patagones.

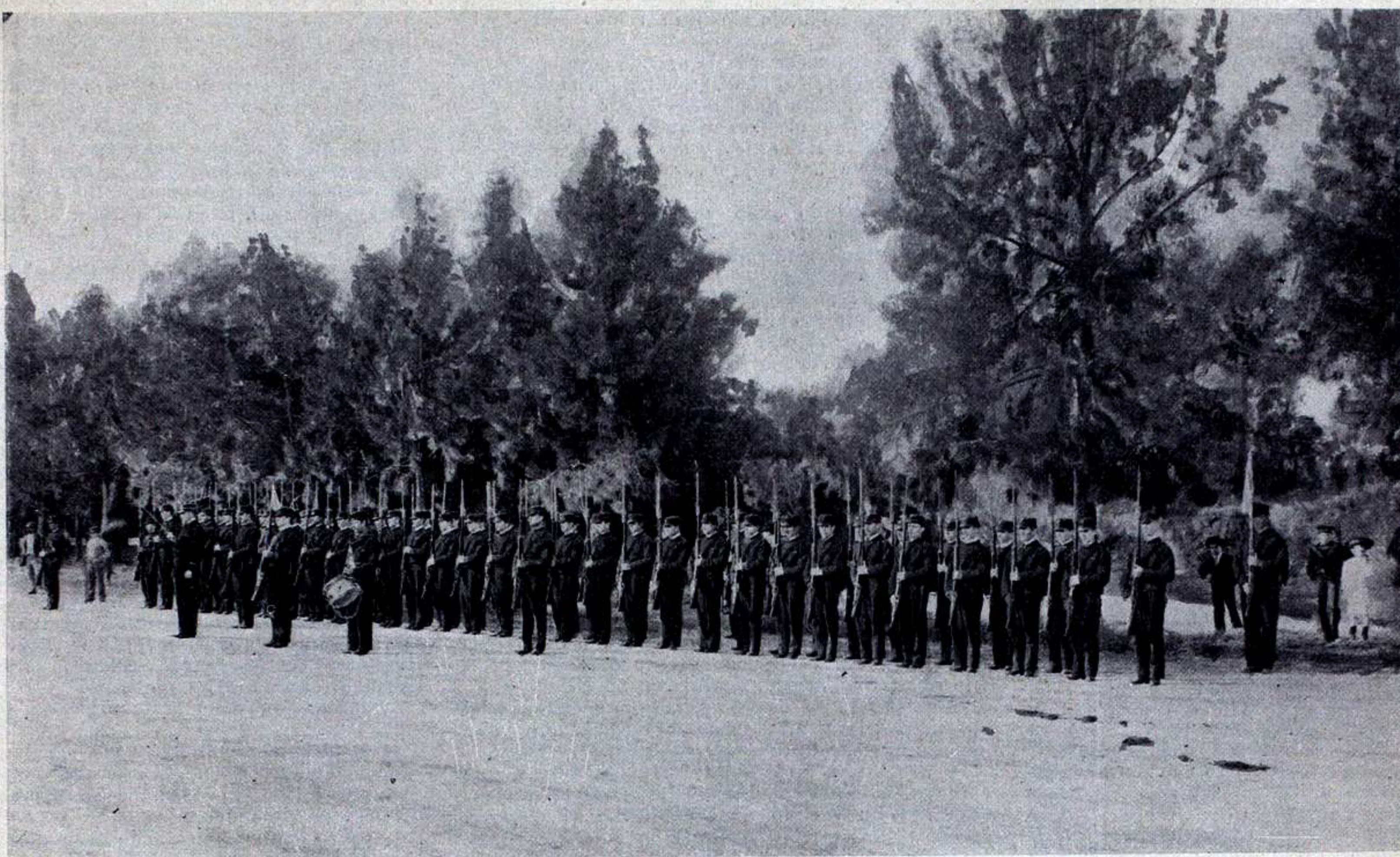
La escuela continuó funcionando á bordo del «Almirante Brown», aumentando el número de alumnos y mejorando paulatinamente en sus métodos de enseñanza. El buque escuela tuvo alternativamente su fondeadero en Zárate, Martín García y en los Pozos, y prestó servicios de guerra en la segunda revolución de Entre Ríos, 1873, y en la de septiembre de 1874.

Un acto de insubordinación cometido por la mayor parte de los alumnos en el año 1876, motivó la suspensión de las clases, y un sumario del cual resultó, en enero de 1877, la disolución de la escuela.

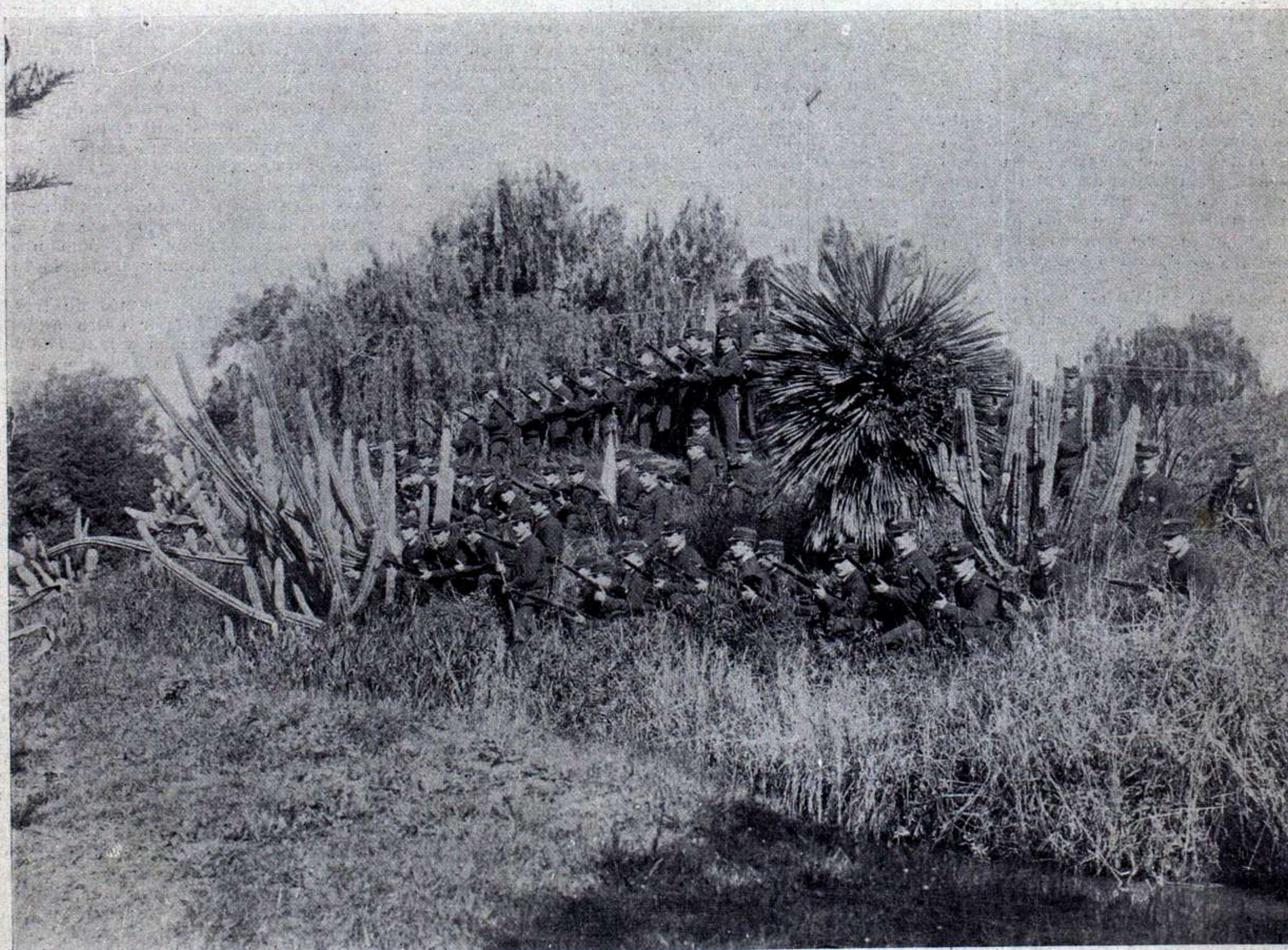
En junio de este último año se reorganizó bajo



ESCUELA NAVAL — BUENOS AIRES — MANIOBRAS DE ARTILLERÍA — (Fotog. de la S. F. de Aficionados)



ESCUELA NAVAL — EJERCICIOS DE INFANTERÍA DE MARINA



ESCUELA NAVAL — EJERCICIO DE GUERRILLAS

la dirección del actual capitán de navío don Martín Guerrico, instalándose en la cañonera «Uruguay». El nuevo plantel se formó con parte de los alumnos de la extinguida escuela y con jóvenes admitidos en el mismo carácter, previo examen. En el cuerpo de profesores ingresaron alumnos de los que habían pertenecido a la extinguida escuela. El entonces teniente de infantería, ex alumno del colegio militar, don Ramón L. Falcón, fué nombrado capitán de la compañía formada por los nuevos alumnos.

El método y disciplina implantado en la escuela por el director, secundado por el capitán de la compañía y profesores, dió excelentes resultados en la enseñanza teórico-práctica. En el primer año el número de alumnos fué de cuarenta. La «Uruguay» efectuó varios viajes a las costas del Sur y la campaña a Santa Cruz en noviembre de 1878. El director, los oficiales y algunos alumnos tomaron también parte, el mismo año, en la campaña del Río Negro.

Con la renuncia de su director, en 1880, la escuela pasó a instalarse en tierra, en la Boca del Riachuelo, volviendo poco después, a bordo del transporte «Almirante Brown», bajo la dirección del entonces comodoro don Antonio Somellera.

Por renuncia de éste, en junio de 1881 se encomendó la dirección al ex oficial de la marina francesa don Francisco Benf, quien introdujo cambios de importancia en el sistema de enseñanza, é instaló la escuela en un antiguo edificio de la que es hoy Avenida Alvear.

Al señor Benf le sucedió en septiembre de 1883, don Eugenio Bachmann, ex-oficial de la marina austriaca, recientemente fallecido, y la escuela fué trasladada al Diamante, (Entre Ríos), de allí al Tigre y luego a bordo de la «Chacabuco».

De la «Chacabuco», por haber reemplazado al señor Bachmann en septiembre de 1892, el capitán de navío don Antonio E. Pérez, pasó la escuela a instalarse en el edificio que en Palermo acababa de dejar el colegio militar, y allí volvió a tener por director, desde agosto de 1893 hasta mayo de 1896, al capitán de navío don Martín Guerrico, y como director interino, por haber sido nombrado este meritorio jefe director de los talleres y escuelas, el capitán de fragata don Luis Maurette.

En julio 22 de este año cesó el interinato con el nombramiento del capitán de fragata don Emilio V. Barilari, quien cesó también en este destino, siendo su actual director el capitán de fragata señor Domecq García.



DOS CUENTOS JAPONESES

POR DON JUAN VALERA

Mi cuñado el Excmo. don José Delavat, siendo ministro de España en el Japón, tuvo la buena idea de enviarme de allí, por el correo, un lindo y curioso presente. Consiste en doce tomitos, impresos en un papel tan raro, que más parece tela que papel, y con multitud de preciosas pinturas intercaladas en el texto. Lo pintado es mucho más que lo escrito, y está pintado con grande originalidad y gracia.

Si lo escrito estuviese en japonés, yo me quedaría con la gana de entenderlo, porque no sé palabra de la lengua ó lenguas que se hablan ó escriben en el Japón. Sólo sé que los japoneses tienen muchos libros, y que algunos de ellos, novelas sobre todo, están ya traducidos en varias lenguas europeas, y particularmente en inglés, francés y alemán. Por dicha, los doce tomitos ó cuadernitos que poseo, aunque impresos y pintados en Tokio, están en lengua inglesa, y son cuentos para niños, á fin de que los niños del Japón aprendan el inglés. Parece que estos cuentos, enteramente populares, están tomados, palabra por palabras de boca de las niñas japonesas; y debe de ser así, porque la candidez de la narración lo deja ver á las claras.

Me han agradado tanto estos cuentos, que no sé resistirme á la tentación de poner un par de ellos en castellano. Elijo los dos que me parecen más interesantes: uno porque se diferencia mucho de casi todos los cuentos vulgares europeos; y otro por lo mucho que se asemeja á ciertas leyendas cristianas: como la de San Amaro, la de otro santo, referida por el padre Arbiol en sus *Desengaños místicos*, y la que ha puesto en verso el poeta americano Longfellow en su *Golden Legend*. Sin más introducción allá van los cuentos.

EL ESPEJO DE MATSUYAMA

Mucho tiempo ha, vivían dos jóvenes esposos en lugar muy apartado y rústico. Tenían una hija y ambos la amaban de todo corazón. No diré los nombres de marido y mujer, que ya cayeron en olvido, pero diré que el sitio en que vivían se llamaba Matsuyama, en la provincia de Echigo.

Hubo de acontecer, cuando la niña era aún muy pequeña, que el padre se vió obligado á

ir á la gran ciudad, capital del Imperio. Como era tan lejos, ni la madre ni la niña podían acompañarle, y él se fué solo, despidiéndose de ellas y prometiendo traerles, á la vuelta, muy lindos regalos.

La madre no había ido nunca más allá de la cercana aldea, y así no podía desear cierto temor al considerar que su marido emprendía tan largo viaje; pero al mismo tiempo sentía orgullo-sa satisfacción de que fuese él, por todos aquellos contornos, el primer hombre que iba á la rica ciudad, donde el rey y los magnates habitaban, y donde había que ver tantos primores y maravillas.

En fin, cuando supo la mujer que volvía su marido, vistió á la niña de gala, lo mejor que pudo, y ella se vistió un precioso traje azul que sabía que á él le gustaba en extremo.

No atino á encarecer el contento de esta buena mujer cuando vió al marido volver á casa sano y salvo. La chiquitina daba palmadas y sonreía con deleite al ver los juguetes que su padre le trajo. Y él no se hartaba de contar las cosas extraordinarias que había visto durante la peregrinación, y en la capital misma.

—Ati—dijo á su mujer—te he traído un objeto de extraño mérito; se llama espejo. Mirale y dime qué ves dentro.

Le dió entonces una cajita chata, de madera blanca, donde, cuando la abrió ella, encontró un disco de metal. Por un lado era blanco como plata mate, con adornos en realce, de pájaros y flores, y por el otro, brillante y pulido como cristal. Allí miró la joven esposa, con placery asombro, porque desde su profundidad vió que la miraba, con labios entreabiertos y ojos animados, un rostro que, alegre, sonreía.

—¿Qué ves?—preguntó el marido encantado del pismo de ella y muy ufano de mostrar que había aprendido algo durante su ausencia.

—Veo á una linda moza, que me mira y que mueve los labios como si hablase, y que lleva ¡caso extraño! un vestido azul, exactamente como el mío.

—Tonta, es tu propia cara la que ves,—le replicó el marido muy satisfecho de saber algo que su mujer no sabía.—Ese redondel de metal se llama espejo. En la ciudad cada persona tiene uno, por más que nosotros, aquí en el campo, no los hayamos visto hasta hoy.

Encantada la mujer con el presente, pasó algunos días mirándose á cada momento, porque, como ya dije, era la primera vez que había visto un espejo, y por consiguiente, la imagen de su linda cara. Consideró, con todo, que tan prodigiosa alhaja tenía sobrado precio para usada de diario, y la guardó en su cajita y la ocultó con cuidado entre sus más estimados tesoros.

Pasaron años, y marido y mujer vivían aún muy dichosos. El hechizo de su vida era la niña, que iba creciendo y era el vivo retrato de su madre, y tan cariñosa y buena, que todos la amaban. Pensando la madre en su propia pasajera vanidad, al verse tan bonita, conservó escondido el espejo, recelando que su uso pudiera engreír á la niña. Como no hablaba nunca del espejo, el padre le olvidó del todo. De esta suerte se crió la muchacha tan sencilla y candorosa como había sido su madre, ignorando su propia hermosura, y que la reflejaba el espejo.

Pero llegó un día en que sobrevino tremendo infortunio para esta familia hasta entonces tan dichosa. La excelente y amorosa madre cayó enferma, y aunque la hija la cuidó con tierno afecto y solícito desvelo, se fué empeorando cada vez más, hasta que no quedó esperanza, sino la muerte.

Cuando conoció ella que pronto debía abandonar á su marido y á su hija, se puso muy triste, afligiéndose por los que dejaba en la tierra y, sobre todo, por la niña.

La llamó, pues, y le dijo:

—Querida hija mía, ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy á morir y á dejarte solos á ti y á tu amado padre. Cuando yo desaparezca, prométeme que mirarás en el espejo, todos los días, al despertar y al acostarte. En él me verás y conocerás que estoy siempre velando por ti.

Dichas estas palabras, le mostró el sitio donde estaba oculto el espejo. La niña prometió con lágrimas lo que su madre pedía, y ésta tranquila y resignada, espiró á poco.

En adelante, la obediente y virtuosa niña jamás olvidó el precepto materno, y cada mañana y cada tarde tomaba el espejo del lugar en que estaba oculto, y miraba en él, por largo rato é intensamente. Allí veía la cara de su perdida madre, brillante y sonriendo. No estaba pálida y enferma como en sus últimos días, sino hermosa y joven. A ella confiaba de noche sus disgustos y penas del día, y en ella, al despertar, buscaba aliento y cariño para cumplir con sus deberes.

De esta manera vivió la niña, como vigilada por su madre, procurando complacerla en todo como cuando vivía, y cuidando siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla ó enojarla. Su más puro contento era mirar en el espejo y poder decir:

—Madre, hoy he sido como tú quieres que yo sea.

Advirtió el padre, al cabo, que la niña miraba sin falta en el espejo, cada mañana y cada noche,

y parecía que conversaba con él. Entonces le preguntó la causa de tan extraña conducta.

La niña contestó:

—Padre, yo miro todos los días en el espejo, para ver á mi querida madre y hablar con ella.

Le refirió, además, el deseo de su madre moribunda y que ella nunca había dejado de cumplirle.

Enternecido por tanta sencillez y tan fiel y amorosa obediencia, vertió él lágrimas de piedad y afecto, y nunca tuvo corazón para descubrir á su hija que la imagen que veía en el espejo era el trasunto de su propia dulce figura, que el poderoso y blando lazo del amor filial hacía cada vez más semejante á la de su difunta madre.

EL PESCADORCITO URASHIMA

Vivía muchísimo tiempo hace, en la costa del mar del Japón, un pescadorcito llamado Urashima, amable muchacho, y muy listo con la caña y el anzuelo.

Cierta día salió á pescar en su barca; pero en vez de coger un pez, ¿qué piensas que cogió? Pues bien, cogió una grande tortuga con una concha muy recia y unacara vieja, arrugada y fea, y un rabillo muy raro. Bueno será que sepas una cosa que, sin duda, no sabes, y es que las tortugas viven mil años: al menos las japonesas los viven.

Urashima, que no lo ignoraba, dijo para sí:

—Un pez me sabrá tan bien para la comida y quizás mejor que la tortuga. ¿Para qué he de matar á este pobrecito animal y privarle de que viva aún novecientos noventa y nueve años? No, no quiero ser tan cruel. Seguro estoy de que mi madre aprobará lo que hago.

Y en efecto, echó la tortuga de nuevo en la mar.

Poco después aconteció que Urashima se quedó dormido en su barca. Era tiempo muy caluroso de verano, cuando casi nadie se resiste al medio día á echar una siesta.

Apenas se durmió, salió del seno de las olas una hermosa dama que entró en la barca, y dijo:

—Yo soy la hija del dios del mar y vivo con mi padre en el Palacio del Dragón, allende los mares. No fué tortuga la que pescaste poco ha, y tan generosamente pusiste de nuevo en el agua en vez de matarla. Era yo misma, enviada por mi padre, el dios del mar, para ver si tu eras bueno ó malo. Ahora, como ya sabemos que eres bueno, un excelente muchacho que repugna toda crueldad, he venido para llevarte conmigo. Si quieres nos casaremos y viviremos felizmente juntos, más de mil años, en el Palacio del Dragón, allende los mares azules.

Tomó entonces Urashima un remo y la princesa marina otro; y remaron, remaron, hasta arribar por último al Palacio del Dragón, donde el dios de la mar vivía é imperaba, como rey, sobre todos los dragones, tortugas y peces. ¡Oh qué sitio tan ameno era aquél! Los muros del Palacio eran de coral; los árboles tenían esmeraldas por hojas, y rubies por frutas; las escamas de los peces eran plata, y las colas de los dragones, oro. Piensa en todo lo más bonito, primoroso y luciente que viste en tu vida, ponlo junto, y tal vez concebirás entonces lo que el palacio parecía. Y todo ello pertenecía á Urashima. Y ¿cómo no, si era el yerno del dios de la mar y el marido de la adorable princesa?

Allí vivieron dichosos más de tres años, paseando todos los días por entre aquellos árboles con hojas de esmeraldas y frutas de rubies.

Pero una mañana dijo Urashima á su mujer:

—Muy contento y satisfecho estoy aquí. Necesito, no obstante, volver á mi casa y ver á mi padre, á mi madre, á mis hermanos y á mis hermanas. Déjame ir por poco tiempo y pronto volveré.

—No gusto de que te vayas, contestó ella. Mucho temo que te suceda algo terrible; pero vete, pues así lo deseas y no se puede evitar. Toma, con todo, esta caja, y cuida mucho de no abrirla. Si la abres, no lograrás nunca volver á verme.

Prometió Urashima tener mucho cuidado con la caja y no abrirla por nada del mundo. Luego entró en su barca, navegó mucho, y al fin, desembarcó en la costa de su país natal.

Pero, ¿qué había ocurrido durante su ausencia? ¿Dónde estaba la choza de su padre? ¿Qué había sido de la aldea en que solía vivir? Las montañas, por cierto, estaban allí como antes; pero los árboles habían sido cortados. El arroyuelo, que corría junto á la choza de su padre, seguía corriendo; pero ya no iban allí mujeres á lavar la ropa como antes. Portentoso era que todo hubiese cambiado de tal suerte en sólo tres años.

Acertó entonces á pasar un hombre por allí cerca, y Urashima le preguntó:

—¿Puedes decirme, te ruego, dónde está la choza de Urashima, que se hallaba aquí antes?

El hombre contestó:

—¿Urashima? ¿cómo preguntas por él, si hace cuatrocientos años que desapareció pescondo? Su padre, su madre, sus hermanos, los nietos de sus hermanos, ha siglos que murieron. Esa es una historia muy antigua. Loco debes de estar cuando buscas aún la tal choza. Hace centenares de años que era escombros.

De súbito acudió á la mente de Urashima la idea de que el Palacio del Dragón, allende los mares, con sus muros de coral y su fruta de rubies, y sus dragones con colas de oro, había de ser parte del país de las hadas, donde un día es más largo que un año en este mundo, y que sus tres años en compañía de la princesa habían sido cuatrocientos. De nada le valía, pues, permanecer ya en su tierra, donde todos sus parientes y amigos habían muerto, y donde hasta su propia aldea había desaparecido.

Con gran precipitación y atolondramiento pensó entonces Urashima en volverse con su mujer, allende los mares. Pero, ¿cuál era el rumbo que debía seguir? ¿quién se lo marcaría?

—Tal vez, caviló él, si abro la caja que ella me dió, descubra el secreto y el camino que busco.

Así desobedeció las órdenes que le había dado la princesa, ó bien no las recordó en aquel momento, por lo trastornado que estaba.

Como quiera que fuese, Urashima abrió la caja. Y ¿qué piensas que salió de allí? Salió una nube blanca que se fué flotando sobre la mar. Gritaba él en balde á la nube que se parase. Entonces recordó con tristeza lo que su mujer le había dicho de que, después de haber abierto la caja, no habría ya medio de que volviese él al Palacio del dios de la mar.

Pronto ya no pudo Urashima ni gritar ni correr hacia la playa, en pos de la nube.

De repente, sus cabellos se pusieron blancos como la nieve, su rostro se cubrió de arrugas, y sus espaldas se encorvaron como las de un hombre decrepito. Después le faltó el aliento. Y al fin cayó muerto en la playa.

¡Pobre Urashima! Murió por atolondrado y desobediente. Si hubiera hecho lo que le mandó la princesa, hubiese vivido aún más de mil años.

Dime: ¿No te agradaría ir á ver el Palacio del Dragón, allende los mares, donde el dios vive y reina como soberano sobre dragones, tortugas y peces, donde los árboles tienen esmeraldas por hojas y rubies por fruta, y donde las escamas son plata y las colas oro?



LA PREOCUPACIÓN DE JUSTINA



AS ventanas del dormitorio de Justina daban al jardín; un jardinito de nada; apenas un pañuelo de tierra en donde crecían á codazos y florecían riñendo por espacio, los rosales, los arbustos de camelias, las cepas de lirios y gladiolas; una miniatura de sembrado, con senderitos como para pasearse más bien muñecas que personas vivas, al borde de los cuales estaban siempre con el credo en la boca las violetas, temiendo ser despachurradas cada vez que alguien se entraba por ellos á pellizcar una flor ó á podar un ramo.

¿Que cómo se las componía el jardinero para regar aquella inaccesible colonia vegetal? Pues muy ingeniosamente, gracias á la fuentecilla mecánica con chorros giratorios que en el centro había plantado, y á la cual todas las mañanas ponía él en movimiento, destorciendo la llave desde lejos. Hecho esto, el agua se atropellaba por el tubo de alimentación, como tan prosaicamente le dicen los ingenieros, trepaba luego con impetu á los tubillos en cruz en que remataba el aparato, y como allí se encontraba con que no había más aberturas que unos agujeros muy chiquirriticos, por ellos se colaba en átomos, formando un lindo paraguas de finísimas blondas que giraba locamente, una cosa de mucho primor, sobre todo cuando los rayos del sol, al tropezar con el fluido encaje, se divertían en guarnecerlo con su maravillosa franja de siete colores.

Ciertamente que valía la pena de detenerse á ver cómo se regocijaban las florecillas con aquel baño ideal. Las rosas ofrecían al agua atomizada sus carnes encendidas; los lirios expandían sus albos libatorios, voluptuosos y sedientos; las camelias presentaban sus carnosos pétalos á la sensual cosquilla de la llovizna tenue y fresca; y hasta las mismas monjitas de morado claro, las reclusas violetas, entreabrian las verdes rejillas de sus claustros para disfrutar también de la fiesta, como colegialas que toman su desquite en una buena hora de asueto.

¡Y qué prendidos tan ricos los que cada una de las bañistas ostentaba al terminar el refrigerio! Algunas de ellas llevaban coronas de duquesas empedradas de diamantes; habíalas también con tamaños solitarios, y otras tan extravagantes y rumbosas, que materialmente se cimbraban al peso de la profusa pedrería que se habían echado encima.

Apyados los codos en el alféizar de la ventana, envuelta en su vaporoso peinador de muselina blanca y encajes con alados lazos celestes, en huelga por sobre cuello y hombros los áureos bucles y rizos de su lujuriante cabellera, contemplaba Justina un día y otro día el delicioso espec-

táculo. Guarnecida la ventana por los caprichosos resaltes de una enredadera, formábase un verdadero marco de florentino estilo, en el centro del cual descollaba el busto de la joven como una alegoría del ensueño, todo blanco, azul y oro.

Esta mañana Justina no sonreía cual otras veces á las flores. Estaba pensativa, abstraída por una honda preocupación. Tiene los hermosos ojos fijos, con la fijeza pertinaz de quien ve lo que en ninguna parte existe; mirar vago, cuyo objetivo se pierde en lo infinito sensible, ó más bien en lo interminable ideal. A intervalos sus cejas, dos regias pinceladas de oro, se acercan una de otra, formando un leve pliegue como el ceño de un niño en su primer pesar; los labios adorables pierden su dibujo trazado por la mano del hechizo, y acusan líneas adustas; un suspiro se abre paso á través de ellos, y se ve alzarse y abatirse como una onda su pecho de virgen, un noble modelado de castas morbideces.

¿En qué piensa la bella soñadora? ¿Qué grave preocupación la absorbe; qué arduo problema de su destino la ensimisma; qué profunda emoción la domina; qué contrariedad de amor la conturba; qué duda atroz la sume y la levanta y torna á hundirla en un agitado piélago de incertidumbres?

Sus ojos nada dicen, nada revelan. En ellos no se asoma ahora el alma. Abiertos están, sin otra luz que la del día, que en sus pupilas se refleja como en dos inertes globillos de zafiro; pero la luz interna está toda alumbrando los pensamientos, un mundo misterioso que sólo ella ve flotar en el oleaje de sus emociones.

Las pobres flores no hallan qué pensar de aquella indiferencia á que no están acostumbradas.

—Apostaría á que ello es amor, se aventuró á decir una rosa, después de haberlo meditado un buen rato.

—¿Qué sabes tú?—exclamó un lirio. El corazón de la mujer es un arcano.

—Cállate, salvaje, regañó la orgullosa flor. Nosotras las flores predilectas, las que desde que el mundo es mundo vivimos en compañía de las mujeres, estamos al cabo de todas sus impresiones y secretos pensamientos. De la misma suerte que los animales heredan ciertos conocimientos superiores al ordinario instinto, y de unos en otros se los transmiten en virtud de eso que ahora llaman los hombres atavismo, así nosotras las flores aristocráticas heredamos, de la primera flor que la primera mujer enamorada se colocó sobre el corazón, el conocimiento de cuanto en ella pasa. Vamos á ver, ¿qué decis vosotras?—agrega la rosa, dirigiéndose á las camelias.

—Que tiene Vuesa Majestad muchísima razón, contestan ellas respetuosamente.

Pero unas opinan que Justina lo que tiene es que está enamorada de algún hombre inferior á ella, y que esto la humilla; otras son de parecer que Justina está muerta de celos; y una violeta aventura su opinión diciendo que allí no hay más nada sino que Justina, por alguna decepción de su amor está dudando entre el convento y el suicidio.

—Yo voy todavía más lejos, dice un clavel, osado é irrespetuoso. Yo creo que lo que premedita nuestra bella amiga y dueña, es un rapto.

—¿Cómo un rapto?

—Pues es claro. Las rubias son naturalmente románticas. Ellas no conciben al amante sino en la forma de un hermoso doncel á caballo, que de lejanas tierras fantásticas viene en su busca para llevárselas dormidas en sus brazos y no parar hasta el castillo encantado, y ponerlas en las sienes una corona de princesa, cuando no de reina.

—No puedes negar que eres andaluz, le dice al clavel la rosa. Para exageraciones te pintas. No estamos en los tiempos en que las niñas soñaban con semejantes majaderías. En el día todo es prosa y positivismo; y que me deshoje ahora mismo si lo que le pasa á esta pobre chica es otra cosa que el estar enamorada de un hombre.

—O de dos; y no acierta á decidirse.

—¿Qué horror! exclaman las violetas muertas de vergüenza.

—Sea lo que fuere, interrumpe la camelia, su pesar es grande, su duda debe ser horrible. Respetemos su angustia; tengamos caridad.

Hubo un rato de silencio. De repente la joven despegó los codos de la ventana, sacó el lindo rostro de entre las manos, sacudió la hermosa cabeza para desviar los áureos cabellos hacia la espalda; la luz del alma tornó súbitamente á sus ojos de cielo, borróse el ceño infantil, entre sus cejas de dos regias pinceladas de oro, y su frente de alabastro pareció bañarse con la claridad del pensamiento, ya sin nubes.

—Estoy decidida, exclamó Justina con acento que revelaba una resolución firme y transcendental.

—Oigamos, dijeron las flores todas, excitadas, inquietas, temerosas.

—Estoy decidida, repitió con mayor firmeza la joven soñadora, como temiendo ella misma volverse atrás en aquel supremo esfuerzo de su voluntad. —El color azul me estará mejor que el caribio. Llevaré al baile mi traje azul.

N. BOLET PERAZA.



GUERRA HISPANO-YANKEE

ALIADOS AMBICIOSOS

(FABULILLA)

Con el fin de realizar sus ambiciosos afanes, llegaron á un palomar un día dos gavilanes.

Al mirarse contrariados, temiendo la competencia, se sintieron enojados, y armaron una pendencia á la que cobardemente, bien pronto pusieron fin resolviendo mutuamente distribuirse el botín.

Unidos por la ambición, ya que no por la amistad, sin más ley ni más razón que su instinto y su maldad, relamiéndose de gusto en el palomar entraron, y es de suponer el susto que á los palomos causaron!

Todos, por salvar la vida, abandonaron el nido para buscar la salida, menos uno que, escondido, gritaba:—Tened paciencia y calmad vuestros afanes, porque tengo la creencia de que esos dos gavilanes esclavos de su ambición, que con nuestro daño gozan, cuando cojan un pichón ellos solos se destrozán.

JOSE RODAO.



POR FIESTAS Y TEATROS

La temporada lírica de nuestro gran teatro toca á su fin: pero ha terminado bien, cumpliendo una de sus «promesas más esperadas» la empresa de este coliseo. Los maestros cantores han sido la novedad y el éxito de la temporada.

Es natural la resistencia que toda obra musical nueva muy trabajada opone á ser apreciada instantáneamente, y sube de punto en las obras de Wagner, por razón del sistema y estilo de este gran reformista, que exigen de la atención del oyente profano, es decir, de la masa general, mucho más de lo que buenamente puede dar de sí. Atender á la acción escénica, por poco movida que sea, y á la vez al canto y á la declamación musical, y al laboreo orquestal que en incesante acción envuelve las voces y sus pausas, á manera de torbellino interminable que no tiene punto de reposo ni se lo permite el oído, es triple tarea que no puede llenarse cumplidamente en una primera audición.

Todo esto dice con exacto y perfecto sentido, como en todo cuanto escribe, un conocido crítico, y el compacto y cultísimo público que asistió en la Opera al estreno de *Los maestros cantores*, ya manifestó tener conciencia de dicha dificultad, por el marcado esfuerzo de atención con que procuraba reconocer en su incesante sucesión de innumerables detalles de una orquestación de incomparable riqueza; pero esta misma atención al detalle le impedía apreciar proporciones y líneas generales, sobrado esfumadas ó desvanecidas, por otra parte, bajo aquella envolvente de agitada sonoridad instrumental desplegada en un estilo generalmente uniforme, que todo lo amalgama y todo parece confundirlo.

Bien cierto es, y seguimos transcribiendo, que para poder presentar una obra de esa índole se requiere una labor detenidísima y paciente, sobre todo para preparar la orquesta y los coros, que tienen un trabajo abrumador; pero de todos modos, es sensible que sólo á última hora hayamos podido escuchar esa obra, en que no se sabe qué admirar más, si la belleza de sus principales motivos: canción de *Walter*, quinteto, etc.; la hermosísima idea que desarrolla el autor en su fábula, ó la grandiosidad de ese trabajo armónico que subyuga, que anonada, que amilana y que, no obstante, no es sino un reflejo del genio creador del gran maestro alemán, para quien *Los maestros cantores* no fué otra cosa que un juguete, si bien de sus manos salió gigante.

Por lo pronto, el magnífico prelude mereció á la orquesta una ovación tan grande como bien ganada; supieron los profesores dar brillantez y colorido á ese número colosal, y supo Mugnone probar que para él la música no guarda secreto alguno y que domina en absoluto hasta aquellas obras que sólo los grandes genios pueden atreverse á tocar sin mancharlas.

En el primer acto, Ercolani cantó con sumo gusto su proclama del certamen, y Borgatti y Sammarco arrancaron aplausos. Rossi estuvo muy

acertado y el concertante resultó irreprochable. Al caer el telón, los aplausos obligaron a los artistas a presentarse varias veces en escena.

Antes de comenzar el segundo se anunció al público que Rossi había sido indispuesto repentinamente y que pedía benevolencia, porque *cantaría como pudiera*. A decir verdad, holgó por completo la súplica, porque tanto en su diálogo con *Haus* como en la serenata que inmediatamente después canta, acompañado por las cuchufletas y los martillazos de aquél, estuvo muy bien. Sin la recomendación se le hubiera aplaudido igual que se le aplaudió.

Sammarco se creció en este acto, y aunque la estructura especial de la música no presenta ocasión al público para aplaudir, recibió, inequívocas muestras de aprobación. Lo mismo ocurrió con la Ehrenstein y con Borgatti.

Pero cuando el público perdió su habitual gravedad y echó por la calle de en medio, fué al oír el concertante; esa obra gigantesca, ese desafío a lo imposible, esa aglomeración de cien melodías y mil motivos distintos, que al entrelazarse y fundirse unos en otros, para dar nacimiento a otros nuevos que van formándose de las notas desperdigadas que iban apagándose aquí y allá, no ensordecen, no atruenan ni siquiera les extraña el

oído, sino que forman en su conjunto admirable un solo canto grandioso, lleno y al mismo tiempo juguetón y gracioso, como la escena que, más que acompaña, describe.

Este concertante fué repetido desde el comienzo de la serenata. Después de la repetición, aún había quien pedía otra; pero hubieron de conformarse con desahogar su entusiasmo aplaudiendo a rabiar a los artistas, al maestro Mognone, a Clivio y al director de escena.

El acto tercero, mucho menos efectista, pero mucho más delicado y dulce, se inició de la mejor manera con su bello preludio, que tocó la orquesta con un gusto exquisito. En éste y en el cuarto fué donde Borgatti se nos presentó a mayor altura. Ahí fué donde, mejor que en ninguna de las obras en que anteriormente le hemos oído, nos hizo ver que tiene condiciones inmejorables para la carrera que ha seguido, que sabe sentir y expresar; en una palabra, que es artista.

La Ehrenstein, por su parte, bordó su bellísima parte y se nos mostró la artista de talento claro, de refinadísimo gusto y de elegante escuela, que siempre hemos visto en ella.

La sencilla frase que inicia el divino quinteto con que el acto tercero termina, se convirtió, por ella, en un dulcísimo poema de amor y ternura.

Este número, después de caído el telón, tuvo que ser repetido. El cuarto acto no desmereció en nada de los anteriores y completó el triunfo de los artistas.

Fué, en resumen, una velada agradabilísima, que dejará eterno recuerdo entre los que a ella asistimos.

Llamóse a todos los artistas, que cumplieron bien, especialmente los encargados de primeras partes: Señora Ehrenstein, señorita Guerrini y señores Borgatti, Sammarco, Giraldoni, Ercolani, Rossi, de quien se anunció que estaba indispuesto, y Maini.

Igualmente selló al señor Mognone y al maestro de coros señor Clivio, que ha debido trabajar grandemente para disponer aquellos coros difícilísimos.

En suma: un buen éxito que se acentuará seguramente con la mejor comprensión de la obra, a la que no sabemos si consagraremos algún examen en otro momento, pues apenas queda tiempo en la «temporada».

Había verdadero deseo de oír al eminente pianista señor Vianna da Motta, y la mucha concurrencia que acudió a su primer concierto en el Prince George's Hall, entre la cual excusado será decir que se encontraban casi todas las notabilidades que en nuestra culta capital brillan, ya por la enseñanza, ya por el ejercicio directo

del divino arte, comprobaban la expectación general. Así es que los nutridos y espontáneos aplausos que el notable concertista recogió para cada una de sus piezas, tenían grandísimo valor, pues eran emanados de un auditorio selecto y capaz de apreciar, así las excelencias como las deficiencias de toda ejecución, por deslumbrante que fuese. No así como se quiera, se alucina a oyentes como Thibaud, Del Ponte, Piazzini, Zanella, Beines, Paschwitz, Levy, Hargreaves, Turco, Bellucci, Cabib, Santa Fe, Sanora Krauss, señoritas Antelo, Lanús



SILUETAS ARGENTINAS — PELANDO LA PAVA — (Fotografía artística de la S. F. Argentina)



MAUSOLEO A BELGRANO — PROYECTO DE J. COUTAN



MAUSOLEO A BELGRANO — PROYECTO DE E. XIMENES

Carbone, Etchenique, Bemporat y muchas otras que debieron escapar a nuestra rápida mirada por el gran salón repleto de inteligentes y «amateurs» de primera fuerza.

¿Cuál fué la primera impresión del público? Ante todo, que sorprendía en el señor Vianna da Motta su aspecto juvenil y la sencillez de su porte y maneras, en la que se refleja toda la seriedad de un carácter exento de vanidades y muy sabedor de que no dan derecho a ellas ni aun los mayores méritos conquistados, porque al fin toda perfección humana es relativa y nunca suprema, la que siempre tiene por encima la absoluta, que es ideal eternamente inasequible.

Quisiéramos dar idea de la brillante labor ejecutada en esta ocasión por el señor Da Motta, y de sus principales cualidades, pero habríamos de repetir cuanto se dijo con motivo de su anterior audición en la sala del Operai Italiani. Reduciendo, pues, hoy a menos términos nuestro juicio de entonces, que confirmamos en un todo, diremos que lo que resalta en el señor Vianna Da Motta como cualidad suprema que las resume todas, es la que ya asoma en su aspecto: la seriedad. Queremos decir que, de acuerdo con el espíritu moderno, que ha reducido a sus justos límites el valor de la mera virtuosidad, el señor da Motta no ostenta la suya como una preeminencia estéril, sino que, estimándola como simple instrumento, la pone humildemente al servicio del arte, ó sea, al perfeccionamiento de la interpretación. Por eso se le ve, dice el señor Frexas, y repetimos nosotros, ejecutar con el mismo celo é igual fruición la pieza modesta y relativamente fácil, que la que más hace brillar su extraordinaria destreza. A fuer de verdadero artista moderno, más persigue el lucimiento de la obra que el suyo propio, difiriendo de los virtuosos a la manera antigua, para quienes la obra más respetable no era sino un pretexto para su exhibición personal, una especie de primera materia más ó menos utilizable y á veces adaptable al bárbaro ejercicio de sus cualidades.

No podía el señor Da Motta dar mejor idea de la solidez de su mecanismo y de su clásico estilo, que abriendo su programa, como lo hizo, con el «Concierto italiano» del gran S. Bach. Después de ejecutada é interpretada esta obra, podía dejar la silla sin temor de ser equivocadamente juzgado, pero como refuerzo de ese juicio, vino la «Appassionata» de Beethoven á descubrir todo lo que hay de pensamiento é intención en el mecanismo del gran ejecutante, á quien el auditorio colmó de aplausos de admiración.

Chopin y Liszt abrieron la segunda parte. El primero con su dulcísimo nocturno en *re* bemol y su incomparable scherzo en *si* bemol menor; y el segundo con sus dos Leyendas de los dos San Francisco.

Sobre la interpretación genuina de Chopin no queda hoy quien ose pronunciarse, porque la caprichosa libertad con que se le ha tratado, ha destruido todo criterio. Cada uno interpreta, con pleno derecho, el Chopin que ha imaginado y que siente. Vianna da Motta lo interpreta sin abuso y casi sin uso del *rubato*, y sin exagerados contrastes de colorido, es decir, con su seriedad característica.

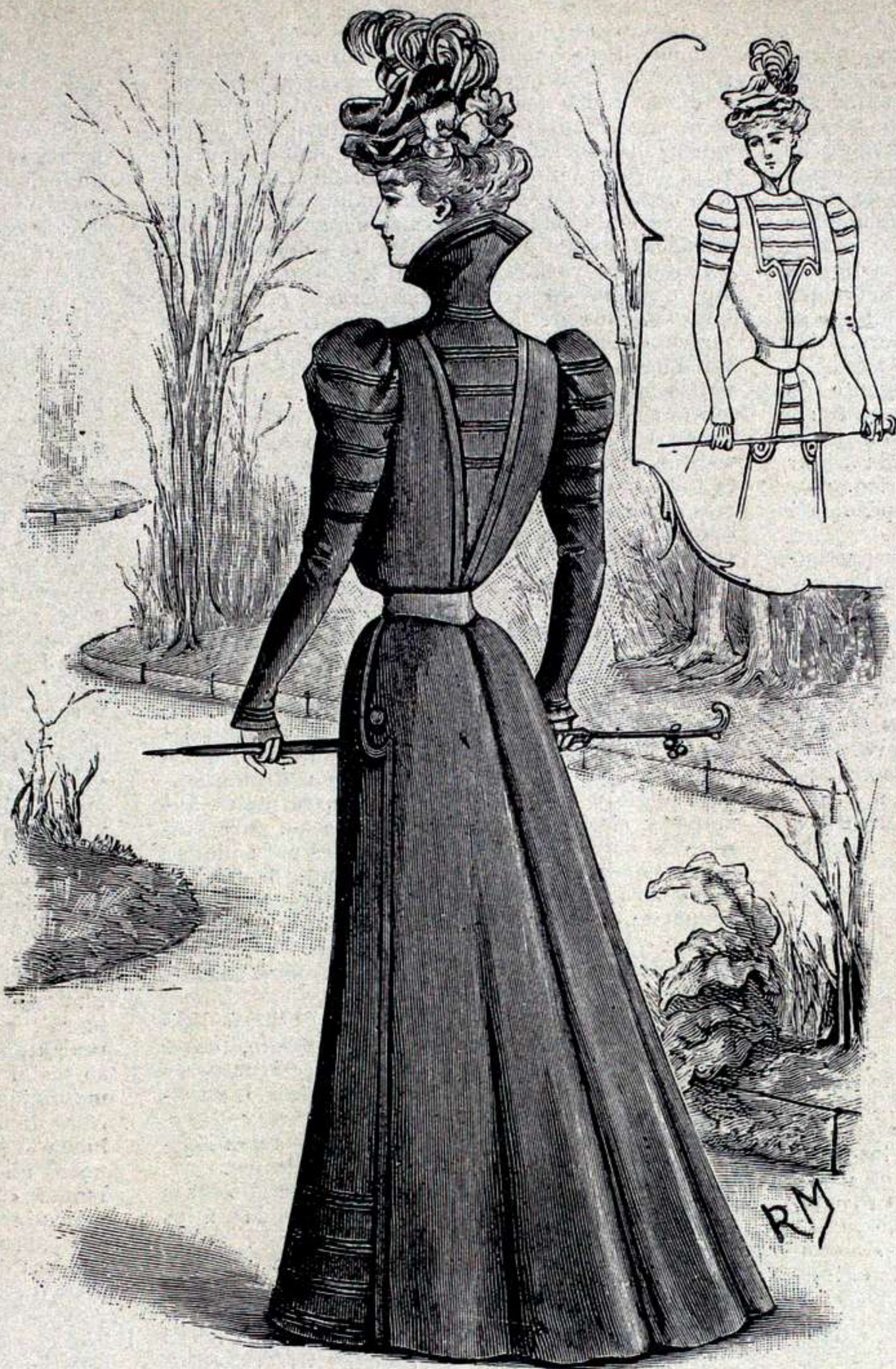
En cuanto á las citadas Leyendas, es seguro que el mismo Liszt hubiera aplaudido, como todos, aquellos preciosos bordados, trémolos y arpegios sobre los tiples, imitando el gorjeo de los pájaros, ó aquellos fragores de los graves remedando hasta la identidad los estruendos de las olas.

En las dos agradables piezas de su composición, en la Berceuse de Tchaikowsky, y en la característica Marcha Nupcial de Grieg, y sobre todo en el Vals en *mi mayor* de Moszkowsky, el señor da Motta acabó de revelar el caudal de medios y de matices de pulsación que posee para obtener dentro del buen gusto, todos los efectos de que es pródigo el piano moderno, y que anoche brotaron en raudal inagotable del espléndido Bechstein en que se hizo admirar el brillante y notable concertista.

Y no menos brillante fué el 2.º concierto en el mismo local, por más que la lluviosa noche retrajo, sin duda, á gran parte del selecto público que asiste siempre á esta clase de fiestas musicales.

Pero no importaba: los «inteligentes» estaban allí, ávidos de escuchar y aplaudir, y aplaudieron con efusión y entusiasmo.

Se componía el concierto de tres partes, siendo la primera, la más saliente, é iniciada por los «Funerailles» de Liszt, seguida por las doce variaciones de Beethoven sobre un tema ruso, y terminada por el preludio y fuga en *mi* bemol de



MODAS — TRAJE PARA SEÑORA JOVEN

Bach Busoni, que puso el colmo á la demostración del educadísimo mecanismo del señor Da Motta, por las perfecciones de claridad, igualdad, independencia de dedos y sabia acentuación que puso de manifiesto, y gracias á las cuales se llegaban á percibir distintamente hasta tres temas simultáneos, con irreprochable observancia del ritmo y el colorido justo adecuado á la obra y á su autor.

Este número levantó una tempestad de aplausos, á los que en el intermedio siguieron los más admirativos comentarios sobre la extraordinaria destreza del ejecutante.

Llenó la segunda parte una sonata en *re*, de Anderson, que era una novedad para nuestro mundo filarmónico y que no resultó una obra igual y bien sostenida en todas sus partes, dentro del puro estilo de sonata, pudiendo estimarse sólo en ella el primer andante, la primera mitad del segundo (Andante sostenuto) que luego peca de prolijo, y parte del Allegro, pudiendo notarse cierta afeminación y volubilidad en el *Allegro ma non troppo*, debido quizá al sexo del autor, que suponemos sea la pianista llamada Miss Philpot, antes de casarse con el violinista Anderson, y muerta hace ya veinte años.

El señor Da Motta hizo, sin embargo, lucir y aplaudir esta obra hasta el punto de que pareciera pedirle la repetición de su tercer tiempo.

Nuevas perfecciones de ejecución y de manejo del matiz ofreció el poderoso concertista en los nueve Preludios de Chopin con que empezaba la última parte, algunos de los cuales le fueron vivamente celebrados. En la Rapsodia española, de Liszt, acabó de demostrar su absoluto dominio del piano y la envidiable integridad de fuerzas que conserva después de los pasajes de mayor prueba, mostrando una mano blandísima para la filigrana, á seguida de largas tiradas de octavas capaces de agarrar la muñeca mejor constituida.

Esta pieza, con su difícilísima glosa de la jota aragonesa, valió otra ovación al señor Da Motta, que debió de satisfacerle por proceder de un auditorio escogidísimo en el que figuraban también muchas ilustraciones musicales de esta capital.

En la representación de *Aida*, en el «Victoria»,

con que empezó la nueva compañía lírica de este teatro, vióse casi constantemente aplaudida como protagonista, la señora Paoli, obteniendo igual demostración el baritono señor Cesarotto, á quien en su dúo del tercer acto con *Aida* se le hizo repetir la frase «non sei mia figlia!». A la señora Trancioni se la aprobó también con aplausos su desempeño de la parte de Amneris, y no dejó de obtener algunos en la de Radamés, el señor Imbimbo.

Pero, ni aplausos ni crónicas han podido continuar para esta Compañía, porque... se deshizo, como vulgarmente se dice, «á las primeras de cambio».

Ha dado su función de despedida en la «Comedia», la compañía de Rogelio Juárez, haciendo lugar á la de Enrique Gil, que también termina sus compromisos en Montevideo, donde ha hecho una provechosa campaña, y que reaparecerá el miércoles próximo en esta misma escena de la «Comedia».

—La zarzuela *De vuelta del Vivero* ha sido muy bien desempeñada aquí últimamente por la compañía Juárez, y ahora está desempeñando «De vuelta á...», no sabemos qué teatro, al cerrar estas líneas.

Continúa Burón en el «Argentino» y su labor «laboriosa» se ve premiada por asidua concurrencia.

Hicimos nuestra gira quincenal, la última, al coordinar nuestros apuntes y se representaba *Los Miserables* ante selecto, escogido y numeroso auditorio que no vaciló en arrostrar el pésimo tiempo que hacía con tal de ver el celebrado drama de Victor Hugo.

La ejecución fué muy buena, y el señor Burón, las señoras Mollá y Blanca y Soler y Martínez se distinguieron mucho, siendo llamados á la escena en diferentes pasajes, repetidas veces.

Para la gente moza y no moza, pero de constante buen humor, ahí está el «Casino», en el que los acróbatas Freyds siguen gustando cada vez más al numeroso público que acude todas las noches.

Son sin duda unos gimnasiarcas de primer orden, que con Mlle. Grasside siguen cosechando aplausos y haciendo ganar pesos á la Empresa.

RENÉ.



MODAS

Traje para señora joven

Este traje es de *cheviotte* color ciruela. Pollera media campana, muy ceñida de arriba, abierta sobre un delantal del mismo género, adornado de varios rangos de galon negro. Los bordes de la pollera están recortados á picos redondos y adornados con botones. Bata formando blusa. Espalda abierta en punta, sobre una parte adornada con galones negros. El delantero descotado en cuadro. Cinturón derecho, cerrándose á un lado. Manga ajustada. Cuello *Medicis*.



CHILE Y EL PERU

ARBITRAJE DE LA REINA REGENTE DE ESPAÑA

Entre las varias cuestiones de límites que sostiene Chile con algunas repúblicas fronterizas, una de las que más preocupan la atención de cuantos se interesan por la suerte de los pueblos de la raza española del Nuevo Continente, dejando á un lado las siniestras profecías de la cuestión con la Argentina que parece va dulcificándose, es la que con el Perú viene debatiendo acerca de la posesión de los territorios de Tacna y Arica.

En ella las negociaciones habían llegado á tomar tal giro, que en previsión de las contingencias que pudiesen sobrevenir, se venían haciendo grandes aprestos militares que no podían menos de pesar de un modo gravísimo sobre el tesoro público de ambos Estados.

Recientemente se ha llegado a firmar por ambos litigantes un protocolo en el que se acepta como base fundamental para resolver la cuestión, un arbitraje que se ha ofrecido y ha sido aceptado por el gobierno de S. M. la reina regente de España.

El protocolo ha sido firmado en Santiago de Chile por el vicepresidente Billinghurst como representante del Perú y por el ministro de Relaciones Exteriores contraalmirante Latorre a nombre del gobierno chileno.

El documento diplomático consta de 18 artículos que determinan la forma en que ha de funcionar el tribunal de arbitraje, así como la en que se ha de verificar un plebiscito en los territorios disputados.

Al fallo del gobierno de la reina regente de España quedan sometidos los puntos siguientes:

1.º Quienes son los que tienen derecho a tomar parte en la votación plebiscitaria destinada a fijar el dominio y la soberanía de Tacna y Arica.

Y 2.º Si el voto plebiscitario debe ser público o secreto.

Una junta directiva compuesta de un representante del gobierno del Perú, otro del de Chile y un tercero designado por el gobierno español, presidirá los actos y tomará las disposiciones necesarias para llevar a cabo el plebiscito. Esa junta estará presidida por el tercero designado por el gobierno de España. Todas las resoluciones de esta junta se tomarán por mayoría de votos, pues en los casos en que no haya avenencia prevalecerá la opinión del tercero designado por el alto árbitro.

Esta junta debió instalarse en Tacna a mediados del pasado mes; pero no comenzará a funcionar hasta diez días después de la llegada del delegado del gobierno español.



VIANNA DA MOTTA

Dos conciertos, brillantes ambos, han servido para juzgar al eminente pianista Vianna da Motta: el primero, para revelar al escogido público que asistiera, que allí había un artista de aptitudes notabilísimas; el segundo, para completar los fallos de la crítica y corroborar ampliamente el juicio definitivo de muchas, de casi todas las *ilustraciones musicales* de nuestro corto mundo de inteligentes, que en una ovación estruendosa sellaron la fama y renombre de que venía precedido el ilustre ejecutante.

El artista sobresaliente, el legítimo intérprete de Bach y Beethoven, debía figurar entre nuestras «actualidades» más salientes, y engalana una de nuestras páginas, su retrato, como sentidísimo homenaje de LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA al genial talento de uno de los más aventajados cultores del arte.

Breves apuntes biográficos completarán estas rápidas notas explicativas, ya que, en otra sección, hacemos cumplidos elogios del concertista.

A los 14 años, en 1882, después de haber estudiado en el Conservatorio de Lisboa, partió para Berlín, bajo la protección del rey don Fernando y de su esposa, la señora condesa d'Edla. En Berlín cursó en el Conservatorio de Javier Scharwenka, estudiando, con éste piano, y composición con el hermano Felipe Scharwenka. Al mismo tiempo completaba sus conocimientos de los idiomas italiano y latín y de la historia de la música.

En 1885 habitó en Weimar, donde ha sido todo un año alumno de Liszt, interpretando la música de este compositor, la de Weber y algunas composiciones de Bach; ahí estudió contrapunto con Müller-Hartung, director de la Orchester-Schule. En ese mismo año dio en Berlín su primer concierto, ejecutando dos *Conciertos* enteros, el en *sol menor* de Saint-Saëns y el en *mi bemol* de Liszt y *Sonata* en *la*, de Weber.

Los años de 1886 y 1887, fueron los de mayor provecho para su instrucción musical; en Berlín aún estudió piano, composición e instrucción, con el ilustre profesor Carl Schaeffer y durante el año de 1887 siguió las lecciones de piano con Hans von Bülow, en Francfort.

Empezaron entonces sus *tournées* artísticas, dando conciertos en Europa y en los Estados Unidos, unas veces solo, otras veces con eminentes *virtuosos*.

Y se hizo aplaudir en Leipzig, y en Rusia en 1888, y desde este año hasta el 92 en la Alemania, que recorrió recogiendo lauros y aplausos, y en Nueva York; en Marzo de 1893 dio conciertos en Lisboa y Oporto, y en el mismo año y en el de 1895, en París con notable éxito, y después otra vez en Alemania, en que tomó parte en un concierto de la corte, ejecutando dos de sus composiciones originales, el «Vito» y la «Rapsodia portuguesa». En Magdeburg hizo ejecutar su hermoso «Cuarteto en sol mayor», para instrumentos de cuerdas, siendo recibido con muchos aplausos. Procedió a la publicación de un volumen de crítica de interpretación aplicada a varios compositores de piano y a dos series de conferencias Wagnerianas.

Clásico en la forma, de una línea purísima y singularmente sobria, es admirable intérprete de

Bach, Beethoven y Liszt; pero por lo mismo que su ejecución es el producto de una emoción fuertemente diferenciada por una mentalidad erudita, Vianna da Motta expresa con su maravilloso mecanismo, todas las cambiantes de intención, ritmos, movimientos y colorido, traduciendo con la misma intensidad y precisión el misticismo, la nota austera y finalmente melancólica de los *contrapuntistas*, de Bach, principalmente, la luminosa serie de estados de almas descriptos por los clásicos, lo vago y sombrío de los simbolistas, las tonalidades variadísimas de los *pintorescos*, el tipo nacional de los *característicos*, la gracia y las ondulaciones de los decorativos. Esta completa maleabilidad procede también, en parte, de la solidísima memoria que le cimenta fuertemente las bellas facultades de su inteligencia. Vianna da Motta sabe de memoria el repertorio principal del piano, la mayor parte de la música instrumental, toda la obra wagneriana, con el conocimiento de la instrumentación y de la estructura de los varios dramas, las sinfonías, los poemas sinfónicos, óperas, misas, oratorios; y sabe tanto la música buena, la que admira, como la mala que detesta, pero que conoce de memoria. Es un nunca acabar.

Vianna da Motta es un extraordinario lector a primera vista, desde la pieza de piano hasta la partitura de orquesta.

Desde 1892 aparecieron sus composiciones definitivas: 10 melodías para canto (letra alemana), 4 piezas de piano, «Barcarola», «Fantasia-Stück», «Caprice» y «Serenata»; «Fantasia dramática» para piano y orquesta; «Sonata», para piano, a 4 manos y violín; «Rapsodia portuguesa», para piano; «Escenas portuguesas» (4 piezas para piano); 5 canciones portuguesas para canto; 3 «Rapsodias» para piano; «A la Patria», sinfonia para gran orquesta; «Sonata» en *en si bemol*, para piano y violín; «Cuarteto», en *sol mayor*, para instrumentos de cuerda; «Canción perdida», para canto y otras.

En 1896, Vianna da Motta dió en Berlín a Heibelberg, cuatro conferencias, explicando, *antes que otro*, a un numeroso auditorio, la estructura y la estética de la «Tetralogía del Nibelung», analizando la leyenda, el poema y la partitura y ejecutando las principales escenas en su relación lógica con las respectivas situaciones del drama.

El éxito fué tan notable, que el artista dió otras conferencias referentes al «Tristán e Isolda», a los «Maestros Cantores» y al «Parsifal».

Como crítico de arte, Vianna da Motta publicó, por intermedio de la casa Federico Luckhardt (de Berlín y Leipzig), bajo el título *Nachtrag zu Studien bei Hans von Bülow*, las lecciones críticas profesadas por este célebre maestro en Francfort, lecciones que comprenden la interpretación de varias composiciones para piano, de Bach, Haendel, Mozart, Beethoven, Mendelssohn, Chopin, Brahms, Raff y Liszt.

El diario *Leipziger Tageblatt*, transcribió todo el prefacio del libro de Vianna da Motta y concordó por completo con las ideas expresadas por el ilustrado artista.

El señor da Motta pertenece a la escuela neogermánica, procedente de las teorías y de las obras musicales de Liszt, teorías que formularon por primera vez la necesidad de que el músico poseyera una cultura intelectual superior a la que antes poseía.

Liszt ha dicho: «De ahora en adelante no basta tener apenas educación técnica, orientada según un solo sentido; es necesario que el hombre, se eleve y eduque a la vez que el músico».

JOAQUÍN NABUCO

Un literato de renombre, publicista de talentos varios y erudición vastísima como el señor Joaquín Nabuco, no cabe en el estrecho marco de unas «notas biográficas» que reseñar puedan el esqueleto de una vida de actividad, en las múltiples esferas de un hombre de este siglo de progreso, sin darnos algo de él, más íntimo, más personal, que caracterice al obrero infatigable de una época de discusión y examen, como es la contemporánea.

Por eso, un artículo del escritor brasileño que en estas mismas páginas engalana el texto de esta revista quincenal, y un «estudio biográfico» de publicista tan concienzudo como el señor Martín García Merón, de quien transcribimos el juicio artísticamente enlazado con las galas retóricas de su fácil estilo, llenan nuestra labor y dan carácter al estudio de la personalidad literaria más saliente, tal vez, de la república brasileña.

Dice el biógrafo:

«Ningún escritor brasileño es más conocido y apreciado entre nosotros que el señor Joaquín Nabuco. Durante su visita a Buenos Aires, la juventud argentina tuvo ocasión de conocer y tratar a ese hombre de palabra tan brillante, de condiciones personales tan atractivas y de inteligencia tan excepcional. Ruy Barbosa y él, son las dos columnas más sólidas de la intelectualidad brasileña, los más altos representantes del espíritu y el genio de su raza. Apartado de la vida política activa, por sus tendencias monárquicas, no me ha sido dado oír a Nabuco en las

asambleas parlamentarias o populares, campo favorito de sus mejores triunfos en el pasado. En cambio, he tenido la buena suerte de encontrarme algunas veces con él, y sentir por mi mismo la acción simpática de su magnetismo individual. Educado en un medio culto y aristocrático, acostumbrado al espectáculo y la vida de las sociedades europeas, donde ha residido mucho tiempo, poliglota distinguido, el trato de Nabuco es uno de los más agradables de que se puede gozar. Sus condiciones caballerescas, la nobleza y altura de su carácter, la elevación moral con que defiende su causa sin apelar al insulto ni a la denigración, tan común en nuestras luchas políticas, le conquistan el respeto general y la consideración de sus adversarios. En el fondo, todos saben que la pasión dominante en su alma generosa, es el amor de la patria brasileña y que subordina a ese culto íntimo, la acción vibrante de su propaganda varonil.

Hace ya diez años, y cuando la prédica abolicionista había llegado a su período aligido, husmeando folletos viejos en el Paraguay y con esa fruición del *bouquiniste* que cuando se apodera de nosotros, no nos abandona ya más, encontré y lei el primero de sus libros que caía entre mis manos («Reformas Nacionales»).—O abolicionismo, por Joaquín Nabuco. Londres. Typography of Abraham Kingdom and Co., 1883). Desde entonces, ese folleto me ha acompañado en mis largas excursiones, como si hubiera tenido la intuición de que algún día debía escribir estas impresiones de la vida intelectual del Brasil. Acabo de releerlo con el mayor placer, encontrando en él la misma fuerza de dialéctica, brillo de exposición, y encanto de estilo que lucen en sus más recientes publicaciones. Sin duda, la desaparición total de aquella enfermedad terrible que inficionaba al organismo brasileño, hace que el libro pierda actualmente una parte de su interés; pero como documento histórico, como alegato en favor de una causa humanitaria, como estudio filosófico y moral, su lectura es hoy de la mayor importancia para todo el que quiera conocer el progreso social del grupo brasileño contemporáneo. El movimiento abolicionista está estudiado en ese libro de una manera completa, desde su origen hasta la época de su publicación, que precedió pocos años a la famosa ley de 13 de marzo de Isabel «la Redentora». Las deformaciones y vicios inoculados en el carácter nacional por el régimen nefando, arrojan una luz vivísima sobre muchos de los acontecimientos de que ha sido teatro el Brasil, de diez años a esta parte. Previendo ya la manumisión absoluta, Joaquín Nabuco comprende que, una vez que los últimos esclavos hayan sido arrancados al poder siniestro que representa para la raza negra, la maldición del color, «será preciso todavía desgastar, por medio de una educación viril y seria, la lenta estratificación de trescientos años de cautiverio, esto es, de despotismo, superstición e ignorancia». Para él, uno de los primeros efectos del abolicionismo, será la «desagregación de los actuales partidos». Por de pronto, en su libro se ve que el partido republicano, por boca del consejero Cristino Ottoni, defensor de los intereses de la gran propiedad, aprovechó la hostilidad de los propietarios de esclavos en contra del emperador, a quien se suponía instigador del movimiento abolicionista, hasta que más tarde el abolicionismo se impuso al espíritu del gran número de republicanos, como una obligación mayor que la de la mudanza de gobierno con ayuda de aquellos propietarios («O abolicionismo», página II). Con la noble lealtad, que es uno de los rasgos característicos de la personalidad de Joaquín Nabuco, éste no vacila en hacernos saber que la acción personal del emperador, en la cuestión de la emancipación, estuvo lejos de ser tan decidida como se podía haber esperado. «Su parte en lo que se ha hecho—dice en una extensa nota que me limito a extractar—es muy grande, es casi la esencial, por cuanto él podría haber hecho lo mismo con otros hombres y por otros medios, sin recelo de revolución. Lo que yo digo, sin embargo, es que si don Pedro II, desde que subió al trono hubiese tenido como norte invariable de su reinado, la realización de la emancipación, como su padre la de la independencia, sin ejercer más poder personal del que ejerció, por ejemplo, para llevar la guerra del Paraguay hasta la destitución total del gobierno de López, la esclavitud a esta hora ya habría desaparecido del Brasil. Verdad es que, si no fuese por el emperador, los peores traficantes de esclavos habrían sido hechos condes y marqueses del imperio, y que su majestad siempre mostró repugnancia por el tráfico, é interés por el trabajo libre; mas, comparando la suma de poder que él ejerce o posee, lo que se ha hecho en favor de los esclavos en su reinado es muy poco. Baste decir que todavía hoy la capital del imperio es un mercado de esclavos».

Las condiciones eminentes del escritor, que se diseñan en el panfleto sobre *abolicionismo*, son las mismas que hacen tan interesante la lectura de su ensayo sobre *Balmaceda*. En el fondo de los procedimientos literarios de Joaquín Nabuco, se ve su completa familiaridad con los críticos ingleses, especialmente con Macaulay. En el arte consumado con que nuestro distinguido autor agrupa

los hechos, hace resaltar los detalles de sus cuadros, prepara y disciplina los argumentos que desenvuelve en el curso de su trabajo, encuéntrase el método imaginativo y preciso al mismo tiempo, del gran historiador británico. Nabuco posee una imaginación brillante, un buen gusto exquisito, una forma transparente, flexible, llena de elocuencia. La claridad de su pensamiento y la sobriedad de su estilo son extraordinarios. Su frase es generalmente diáfana, rápida, cortante. Pero se liga a la siguiente y a la que la precede, por un hilo de lógica fina y estrecha, y el período amplio, sonoro, se desarrolla con vigorosa majestad, casi lírico, por la perfección armoniosa de su ritmo musical. La lectura de sus libros proporciona así un placer intenso. La atención del lector se despierta desde las primeras sentencias y una vez tomado en el engranaje de su magnífica prosa, es imposible romper el círculo encantado. Añadiré, para ser justo, que en esa forma cincelada y artística, se encuentran pensamientos fecundos y originales; el vino es digno del ánfora que lo contiene. Y todo esto, que representa una reconcentración intelectual poderosa, un método minucioso y exacto, una labor persistente y tenaz, aparece sin angustia, como trazado de una plumada, en una abundancia que desborda, sin que la suave tersura del músculo vibrante, denuncie la contracción dolorosa del esfuerzo. Ciertamente, ese es el estilo de un gran escritor, y casi diría que, fuera de su compatriota Ruy Barbosa, no conozco a nadie que lo supere en nuestro continente. Las fórmulas de condescendencia generosa con que es necesario tratar a la mayor parte de los literatos sudamericanos, teniendo en cuenta las dificultades con que luchan, y lo poco que reciben en cambio de sus trabajos, son aquí inútiles e inoportunas. Emplearlas al tratar de Nabuco y Ruy Barbosa sería ofensivo. Con ellos, el elogio puede hacerse sin reservas, la palabra debe tomarse en la amplitud de su significado, de tal manera se apartan ambos del terreno de la medianía, para ocupar el rango que les corresponde al lado de los distinguidos representantes de la literatura contemporánea.



LAS LUCHAS EN EL MAR

FRAGMENTO

Vivir es luchar: luchas que acaban por la muerte; luchas en que acaso se triunfa una vez y otra, pero en que al fin se cae para no levantarse más del polvo; del polvo en que rodaron los viejos laureles, si es que por acaso llegaron a ceñir la frente del luchador.

Se lucha con la Naturaleza, que después de haber fabricado nuestro cuerpo, se empeña caprichosa y cruel en destruirlo.

Se lucha contra la maldad, el egoísmo, la envidia o la estupidez humana, que es la lucha contra la estupidez, la más desesperada, porque al golpe de maza del gigante, acompaña la mueca del bufón.

Se lucha contra las propias pasiones, que andan revueltas por dentro de nosotros, como reptiles que por los huecos de los sentidos hubieran penetrado y luego fueran deslizándose por los nervios y las venas; haciendo del corazón colmena maldita para sus crías.

Pero mientras se lucha en *tierra firme*, hay consuelos desesperados en la lucha. Los pies encuentran una base en que apoyarse, las manos pueden asirse al cuerpo del enemigo que nos acosa. El pigmeo puede luchar con el gigante, arañarle, morderle, escupirle, que siempre es un consuelo; porque todo esto es forma material del desprecio.

Lo sólido, lo macizo, lo firme, es el enemigo que nos hace frente y en él podemos golpear.

Y al fin la tierra es nuestra madre, y cuando nos caemos, nos aprieta contra su cuerpo y acaso espontáneamente nos cubre de flores.

Pero ¡ah! la vida del marino, ¡qué triste, qué desesperada, si las energías del alma no la sostienen!

¡Qué tremendas, qué sombrías las luchas en el mar y con el mar!

Lo inmenso en forma fluida; el monstruo que se nos deshace entre las manos para encrespase más tremendo un poco más allá: el punto firme que huye bajo nuestras plantas; la onda que es al mismo tiempo la fuerza titánica, y la suprema cobardía, el golpe de mar, que deshace un acorazado; y no es más que espuma.

¡Qué aplaste una montaña, se comprende; al aplastarnos nos da soberana losa funeral y tumba de titanes! Nos aplastó; pero en cierto modo nos glorifica.

Pero que nos aplaste un montón de espuma, es el escarnio mayor para nuestra grandeza humana y para la noble soberbia del ser racional.

¡El agua, tan débil, tan blanda, tan cobarde: que no es más que conjunto de gotas, que ella misma se derrama y se cae, si las paredes del vaso ó los cóncavos del mar no la sostienen; el agua, con sus blanduras, y menos aún, con sus espumas, destruir transatlánticos y acorazados y muelles de granito,

y apagar para siempre la luz divina que arde en el hueco de un cerebro humano; la *gota* de agua, aniquilando la *idea*; ¡esta lucha si que es formidable y desesperada y siniestra!

El hombre que vive y muere en tierra aún en su agonía, puede tender la mano y encontrar la del ser querido: muere agarrándose con amor a un último amor.

El marino, si la tempestad lo arrojó al agua, y esta es su amenaza constante, que no tienda su mano, que no encontrará más que las blanduras traidoras de la onda ó los escarnios de la espuma como sonrisas de la nada, ó las mandíbulas de algún monstruo de los abismos.

Que no entreabra los labios, que no encontrará un beso, sino las mordeduras microscópicas del agua salada.

En tierra, tierra si, pero con cariños y palpitaciones del espíritu.

En el mar, lo infinito, pero sensible, vago, ondulante y amargo.

¡Qué horrible es lo infinito, cuando en él se han disuelto amarguras infinitas!

José ECHEGARAY.



MOSAICO

En el Bazar Costa.—El señor José Quaranta, artista italiano recientemente llegado a esta ciudad, ha expuesto en el «Bazar Costa» varios de los cuadros de su brillante paleta.

Llaman justamente la atención por la sobriedad y robustez de ejecución, «Después del trabajo» y «Maniobras militares», dos buenos cuadros que harían excelente pendant en cualquier galería de *amateur*, con cuadros de reconocido mérito.

Ha instalado el señor Quaranta su estudio en Alberti 1315: al saludarlo afectuosamente, deseámosle muchos discípulos y trabajo..... á destajo.

El Pensamiento de América.—No es lugar, éste, de breve reseña cortés de los libros recibidos, para un estudio de una obra como la que con este título ha publicado el laborioso publicista señor Luis Berisso.

El último trabajo del infatigable «amateur» de las bellas letras, es un volumen de 418 páginas bien nutridas; contiene diversos estudios biográficos y literarios sobre políticos, poetas y publicistas americanos, Mariano Moreno, Esteban Echeverría, A. Magariños Cervantes, Olegario V. Andrade, Olmedo, A. Lozano, Sarmiento, Alberdi, Guido Spano, José M. Heredia, M. García Mérou, J. S. Chocano, Gutiérrez, Noguera y muchos otros, cuyos retratos figuran en la obra y desfilan ante el curioso lector que lee las nerviosas notas biográficas escritas en conceptuoso estilo sobre el que, así como sobre el libro en conjunto habría bastante que decir, si modestamente, el autor no se adelantase, *confesando algunos de sus pecados*, á los juicios más severos de los que en todo ven «motivo de crítica y censura».

Contiene la obra además, un prólogo escrito por el doctor Pérez Petit, de Montevideo y una noticia biográfica por el señor Paul Groussac, habiéndose hecho la edición por la casa de Lajouane, en excelentes condiciones tipográficas. Esto no le salva, pero.... agrada y esto ya es mucho. Buen traje y.... no mala persona.

Podrán ser apasionados é injustos los rápidos juicios del señor Berisso; podrá, tal vez, achacársele exceso de «pasión indulgente» para con sus biografiados; pero eso es el «temperamento» del escritor y hay que reconocerle siempre como *hombre de buena voluntad* y obrero incansable en todo cuanto se encamina á la cultura general de su patria y al progreso y realce de cuanto es americano. Además, creemos que este libro es el primero de una serie, pues vemos que ahí faltan muchos americanos y muchos de los que «tienen relieve propio» entre los que escriben y han escrito en la parte ibero-americana de este continente.

Agradecemos el galante obsequio de nuestro amable colaborador, y si nuestro sincero aplauso de algo le sirve, ahí va efusivo y afectuoso, al que dedica sus ocios al trabajo perseverante de las justas literarias.

Lecciones de Filosofía.—He aquí un libro útil y de prácticos resultados para los alumnos que cursan los últimos años de estudios de nuestro Colegio Nacional. Su autor, el señor Hilario Sánchez Castillo, ya conocido por sus artículos literarios en los diarios de esta Capital, ha sabido resumir en pocas páginas cuanto en el curso de Filosofía se exige en los programas vigentes, facilitando así la tarea de los jóvenes escolares que no tienen texto determinado para esta asignatura.

Claridad en el lenguaje, exposición metódica en las teorías, sencillez en las definiciones, sin perjuicio de un estilo galano y fluido que revelan

al publicista, todo esto se ve en la diminuta obra de filosofía que revela los conocimientos variados del señor Sánchez Castillo, á quien felicitamos por su didáctico trabajo.

Margueret y C.^a—En atenta circular firmada por los señores Margueret y C.^a y P. Delpech, se nos participa la reunión de ambas casas en un mismo local, calle Defensa 477 á 481, donde ya está establecida la casa del señor J. Margueret. Tomamos nota y agradecemos el aviso.

Banco Español del Río de la Plata.—En la asamblea de accionistas del Banco Español del Río de la Plata, presidida por el señor Cayetano Sánchez, que se verificó en pasados días, después de aprobarse la memoria correspondiente al año ppdo. y la distribución de 5 pesos por acción, se procedió á la elección de directores; resultando electos, por dos años, los señores Vicente Caride, Cayetano Sánchez, Luis E. Zuberbühler, Manuel Mieres, y Manuel Udaondo; y por un año, Santiago Capdepon. Fueron reelectos como síndicos los señores Juan P. Echeverría y Manuel Durañona, y suplentes, los señores Manuel Durán y Alvaro Iztueta.

La asamblea se componía de 60 accionistas que representaban 159 votos.

Erhart, Haynes y C.^a—Se han establecido recientemente como «Contratistas de avisos»: inteligentes y activos, perseverantes en el trabajo, conocedores del «negocio» en que empiezan á actuar, es de esperar que el éxito corone sus esfuerzos, como les deseamos de todas veras. Tienen su escritorio en San Martín 158.

El cultivo del café.—Interesante folleto que apenas hemos podido hojear y que el autor, el ilustrado escritor señor Matías Alonso Criado, cónsul General del Paraguay, en la República Oriental, titula «El cultivo del café como remedio de la crisis económica del Paraguay», desarrollando sus teorías con abundante acopio de datos estadísticos y estudio de las ventajas económicas de dicho cultivo y su fácil recolección en aquella república hermana.

España y Norte América.—Con referencia á la guerra que ya termina, según las últimas noticias telegráficas, ha publicado el infatigable escritor señor R. Monner Sans su folleto interesante en que resume la «cuestión capital» en las variadas fases que han provocado aquella guerra y las insurrecciones que la fomentaron.

Mañana, dentro de algunos años, cuando la historia *se haga* con imparcialidad y severo juicio, el investigador tendrá en el libro del ilustrado publicista español, un poderoso auxiliar para concretar tipos, épocas y circunstancias de este período sombrío que atraviesa el noble pueblo hispano.

El nuevo Jardinero Ilustrado.—Con ese título hemos recibido un libro escrito por los señores don Fernando Manduit y don Vicente Peluffo, conteniendo nociones de botánica y jardinería.

Es una obra muy útil é interesante, con profusión de grabados y un vocabulario horticola, que se halla de venta en todas las librerías y ha de ser acogido con simpatía por los aficionados á flores, hortalizas y plantas.



NUESTROS GRABADOS

«Lauretta».—Cuadro de M. J. Lefebvre. Grabado de M. Gilardi.

Placa del Ejército chileno á San Martín.—En Diciembre del año pasado, el presidente de la Comisión que organiza la inauguración de un Templo y monumento en Yapeyú, cuna del General San Martín, con el objeto de honrar la memoria del Gran Capitán americano, dirigió al Señor Ministro de Chile una comunicación en la cual se invitaba al Ejército de ese país á hacerse representar en la ceremonia que tendrá lugar en breve con dicho objeto.

El señor Ministro de la Guerra contestó desde Santiago aceptando para el Ejército chileno esta invitación, y designando una Comisión compuesta del señor Ministro en la República Argentina don Joaquín Walker Martínez y de los señores don Alberto del Solar, don Luis Bilbao y don David Tezanos Pinto, para que corriese con lo relativo á construir una placa de bronce destinada á ser colocada en una de las facies del monumento, al pie del escudo chileno.

La placa ha sido encomendada á la casa de Gottuzzo, reputada por su buen gusto y competencia en esta clase de trabajos. Tenemos el placer de reproducirla en nuestras columnas, tomándola de una excelente fotografía. La placa mide casi un metro cuadrado y es de material sólido y macizo, siendo acabado el trabajo de cincel. La idea que ha presidido á su ejecución es un hermoso

simbolo: el Ejército chileno representado por un poderoso cóndor, ofrece una corona de laurel a San Martín, simbolizado por el «genio de la guerra». Dos pequeños genios de la paz cubren con una rama de oliva la boca del cañón, mientras en el fondo divisase la silueta de la Cordillera de los Andes, y, al pie, los campos fértiles de las praderas argentinas, sobre las cuales, en haces múltiples, cubren el suelo, el maíz y el trigo cosechados. La placa tiene todo el mérito de un trabajo de corte clásico. La sobriedad, la elegancia son sus condiciones sobresalientes. La distinguida Comisión designada para representar al Ejército de Chile debe estar plenamente satisfecha del éxito obtenido por su trabajo. Así lo ha demostrado el pueblo de Buenos Aires, que durante varios días ha podido admirar esta obra de arte, mientras se exhibía, rodeada de atributos significativos que simbolizaban ideas de confraternidad y paz, en las lujosas y elegantes vidrieras de Gath y Chaves, en la calle de la Florida. Uno de los diarios de la Capital «El Tiempo», reprodujo el día mismo en que se inauguró la exhibición pública, la hermosa placa, dándole así a conocer en todo el país. Nuestro grabado difundirá ese conocimiento en América.

En los momentos actuales, todo esto tiene alta y simpática significación para chilenos y argentinos.

Ruinas de la casa en que nació el general San Martín en Yapeyú.—En las colecciones de nuestras revistas encontrarán nuestros lectores datos y antecedentes sobre el lugar del nacimiento del ilustre general de la Independencia de tres pueblos americanos, y nos abstenemos de repetir aquellos conceptos, presentando «gráfica demostración» con el grabado que representa las ruinas de la que fué morada del valeroso y noble caudillo, morada deshecha hoy en ruinas, que el cariño nacional al guerrero ilustre debiera conservar, restaurándola convenientemente.

Doctor Gonzalo Ramírez.—Teníamos, según notas precisas que la «información política» nos comprueba, al escribir estas líneas, otro nuevo representante del país uruguayo entre nosotros, en reemplazo del doctor Mendilaharsu, tan estimado y querido en nuestra sociedad. Ha hecho ya su representación oficial ante nuestro gobierno al cerrar este número, y lo saludamos efusiva y cariñosamente.

El doctor Gonzalo Ramírez, que es el plenipotenciario nombrado, notable jurista y tratadista de derecho de renombre y fama, representó antes de ahora a su patria en nuestro país, con brillo y acierto para ambos pueblos hermanos del Plata; en aquella época, nació en su espíritu la idea promotora del congreso internacional de Montevideo, en que la Argentina estuvo representada por personalidades como el doctor Quintana y el doctor Roque Sáenz Peña.

Los discursos y las obras que entonces produjo el doctor Ramírez durante las sesiones del congreso, obtuvieron el mayor encomio de sus colegas de los demás países sudamericanos, por la elevación de las doctrinas, por el alcance de los principios de derecho internacional patrocinados cuanto por la elocuencia de la brillante exposición.

Informaciones particulares han hecho también, saber que la aceptación de la legación en Buenos

Aires por parte del doctor Ramírez, fué un hecho concomitante con la permanencia del doctor Juan Carlos Blanco en el consejo de estado, y consecuencia de nuevos rumbos conciliatorios de la política del señor Cuestas, relacionados con la pronta vuelta al régimen constitucional. ¡Cumplanse así los deseos de todos los hombres de buena voluntad!

Pelando la pava.—Pasan las horas sin que se acuerden los enamorados de las cuestiones vitales de la lucha contemporánea: para los protagonistas de este artístico cuadro, que están «pelando la pava», según la gráfica expresión andaluza, tan vulgar en la nación hispana, el mundo, sus precedentes y su porvenir, sus problemas sociológicos y religiosos, las dificultades de la vida, todo, todo ello es ajeno al tema que apasionadamente tratan y tal vez discuten, sin pensar en el pan de mañana ni en el disgusto de ayer, ni en las desazones futuras; ensimismados en su coloquio amoroso, tal como el artista nos los pinta, en la atmósfera que los circunda no hay más que rosas, perfumes, cielo y bienaventuranza eterna.

Después... vendrá el tío Paco, con la rebaja.

Mausoleo a Belgrano.—Una de nuestras páginas ilustradas presenta los dos proyectos del mausoleo a Belgrano entre los presentados a la Comisión popular que ha dictaminado sobre sus condiciones artísticas y simbolismo mejor adecuado al fin que se propone.

No hemos de echar leña al fuego, estableciendo condiciones salientes de uno u otro proyecto, pues la discusión privada, convertida en tema artístico de discusión periodística, ha analizado todos los elementos de juicio respecto a la mayor o menor validez de cada uno y el curioso lector puede estudiar en cada grabado las líneas salientes de los artísticos trabajos.

Bástenos decir que, reducida la «pugna artística» a la de los modelos del señor Coutan y el señor Ximenes, éste ha vencido, pues por 12 votos contra 5, a él se ha encargado la ejecución del monumento, según puede verse por el acta que subsigue y que al pie de la letra copiamos:

«En la ciudad de Buenos Aires, a los diez días del mes de agosto de mil ochocientos noventa y ocho, reunidos en el local de sesiones la comisión ejecutiva central, bajo la presidencia del señor Gabriel L. Souto y con asistencia de los señores Arturo B. Carranza, Domingo M. Sánchez, J. Luis Garramendy, Augusto Rodas, Gualtier Pessagno, Ernesto Viejobueno, Carlos A. de Irigoyen, Adolfo Oyhenart, Carlos M. Jiménez, Armando Pessagno, Luciano J. Rial, Raymundo Gabelich, Juan José Halliburton, Juan Carlos Amadeo, Alfredo Ebbeke, Arturo V. Puente y Alberto Ostwald, é inasistencia de los señores Olegario Castro Cáceres y Angel Gontaretti, (ausentes de la capital), Justo de Arechavala, J. Leoncio Serres, el señor presidente declaró abierta la sesión siendo las 9 p. m. Se lee y se aprueba sin objeción el acta de la anterior. Se da lectura del dictamen de la Comisión especial, formada por los señores Souto, Viejobueno y Rodas, aconsejando el proyecto de mausoleo que debe aprobarse y que dice así: Vuestra comisión especial ha dado cumplimiento a la misión que le fuera encomendada, pidiendo sus juicios por escrito a las personas que al efecto designasteis, y oyendo en virtud de vuestra última determinación,

los de aquellos que no careciendo de autoridad considerase habilitadas a guiar serena e imparcialmente su criterio, y por las razones que os dará el miembro informante, os aconseja la aprobación de la siguiente resolución.

Art. 1.º Apruébase el proyecto del escultor señor Ettore Ximenes para ser ejecutado con arreglo al presupuesto de que lo acompaña.

Art. 2.º El referido proyecto será construido sin más variaciones que las siguientes:

- 1.º Supresión de los dorados del sarcófago.
- 2.º Cambio del yelmo que lo corona, por otra alegoría adaptable, que propondrá el autor.
- 3.º Sustitución del medallón que contiene el busto de Belgrano, por el del primitivo proyecto.—Buenos Aires, agosto ocho de mil ochocientos noventa y ocho.—Gabriel L. Souto, Ernesto Viejobueno, Augusto Rodas.

En discusión en general, informa el señor Rodas, sosteniendo la resolución propuesta. Se declara libre el debate. Cerrado éste, en que tomaron parte los señores Irigoyen y Viejobueno, se resuelve que la votación sea nominal. Se vota el artículo primero del despacho y resulta aprobado. Votaron por la afirmativa, los señores Carlos Jiménez, Gualtier Pessagno, Augusto Rodas, Ernesto Viejobueno, J. Luis Garramendy, Armando Pessagno, Alberto Ostwald, Juan José Halliburton, Luciano J. Rial, Arturo V. Puente, Domingo M. Sánchez y Gabriel L. Souto. Por el proyecto Coutan, el señor Adolfo Oyhenart. Por el del señor de Pol, los señores Carlos de Irigoyen, Alfredo Ebbeke, Juan Carlos Amadeo y Arturo B. Carranza. Por el proyecto del señor Ettore Ximenes, doce votos. Por el del señor de Pol, cuatro votos. Por el del señor Coutan, un voto. Queda adjudicada la construcción del mausoleo, al escultor señor Ettore Ximenes. Se vota cada una de las modificaciones propuestas en el artículo segundo y resultan aprobadas, resolviéndose, por último, que todos los presentes firmarán el acta de esta sesión y autorizar su publicación.—Gabriel L. Souto, presidente; Domingo M. Sánchez, Gualtier Pessagno, J. Luis Garramendy y Augusto Rodas, secretarios; Juan J. Halliburton, Armando Pessagno, Juan Carlos Amadeo, Arturo B. Carranza, Alfredo Ebbeke, Luciano J. Rial, Alberto Ostwald, Adolfo Oyhenart, Arturo B. Puente, Carlos Jiménez, Ernesto Viejobueno y Carlos de Irigoyen.

NOTA.—El R. Padre Gabelich tuvo que retirarse en el momento de la votación, por cuyo motivo no aparece aquí su voto.



HOTEL DEL LAGO-EN SAN BERNARDINO

Situado en el paraje más pintoresco del Paraguay, á dos horas de La Asunción

Trato

ESMERADO

Piezas

CONFORTABLES

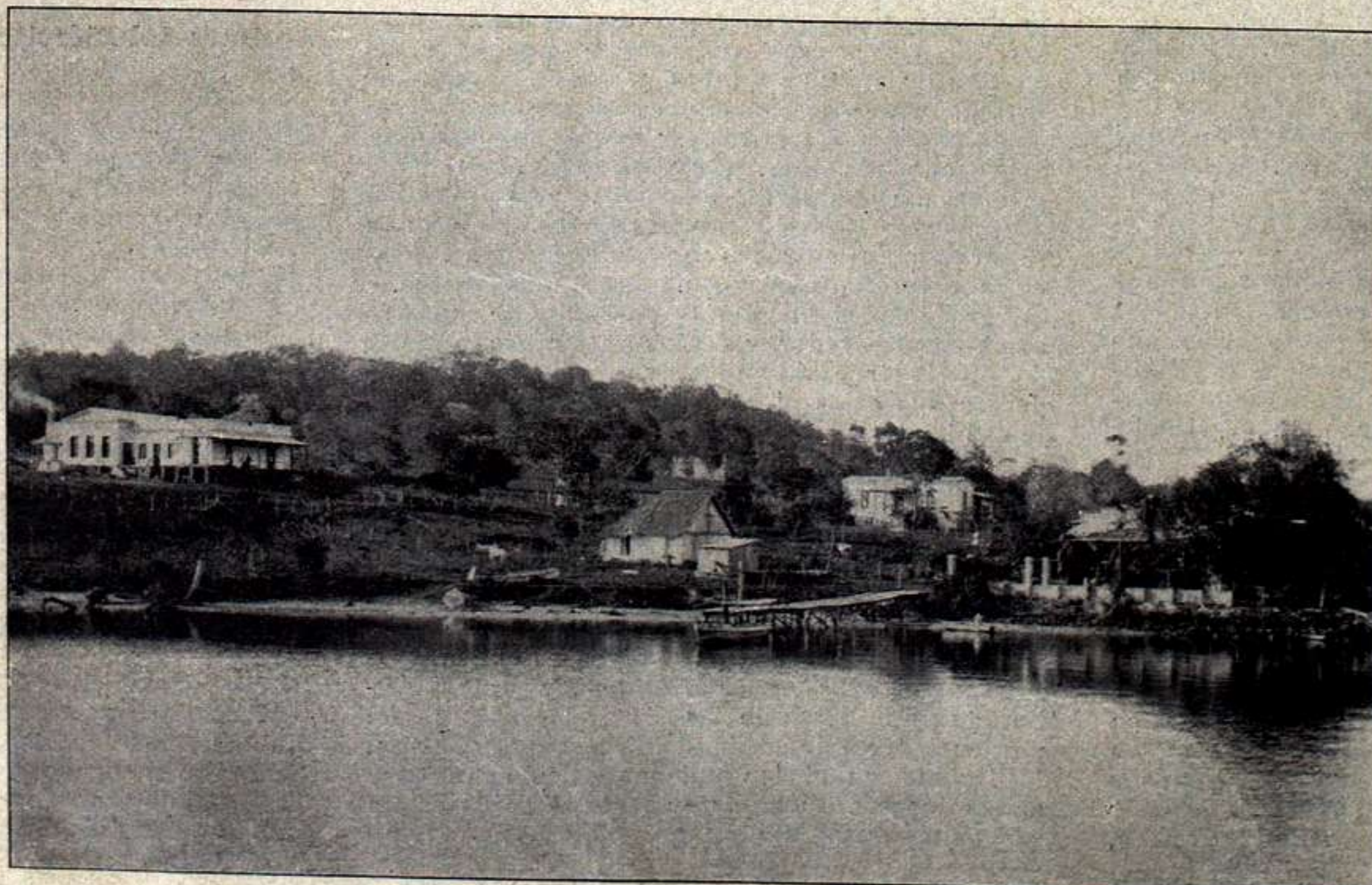
Excelente

COCINA

Precios

MÓDICOS

G. WEILER,
Propietario.



Trato

ESMERADO

Piezas

CONFORTABLES

Excelente

COCINA

Precios

MÓDICOS

G. WEILER,
Propietario.

CUENTO HISTORICO

Hace algún tiempo llegó a una ciudad de Méjico un médico francés. Colocó su tablilla en la puerta y ofreció sus servicios al público en un semanario que allí se publicaba.

Pasó un mes sin que nadie buscara sus servicios. Utilizó el recurso de salir a la calle con un libro en la mano y pararse de cuando en cuando a leerlo. Los habitantes del pueblo se decían: «Este hombre es un bárbaro, un ignorante, que no sabe nada y tiene que leer hasta en la calle para aprender algo».

Los días pasaban y los recursos del pobre médico se habían agotado. No ganaba ni para pagar el agua que bebía. La desesperación le dio un consejo audaz, pero muy peligroso. Publicó un aviso, en letras muy grandes, diciendo que él no sólo curaba a los vivos, sino que sabía resucitar los muertos y que lo haría a la vista del público entero.

Este aviso alarmó a la población y se nombraron comisiones para que se acercaran al médico y arreglasen que el domingo siguiente se hiciera el ensayo en el cementerio, a la vista del pueblo, en un tablado que se construiría al efecto.

Llegó el domingo. En el cementerio no cabía un alfiler, tal era la aglomeración de gente. Apareció el doctor, y con gran trabajo pudo llegar al tablado, atravesando la masa compacta de gente que le dificultaba el paso. Subió al fin el médico y se dirigió al público en estos términos:

«Señores: Me es indiferente el nombre del difunto que debo resucitar, así es que he tomado la lista de los enterrados el año pasado y el primer nombre que encuentro es el de doña Pepa Garrido, enterrada el 1.º de año. Alcáncenme su cajón».

En el acto se levantó una gritería pidiendo que no se resucitara a doña Pepa.

El médico insistía en que debía empezarse por el primero, para no hacer preferencias con nadie. En esto se acercó un campesino y le dijo: «Señor doctor: Yo soy el esposo de doña Pepa y estoy casado con otra. Si usted la resucita, será un infierno mi casa».

El médico declaró que siendo atendibles las razones del viudo, era necesario buscar otro cadáver, y se puso a leer la lista de los enterrados en el mes de enero, y dijo en alta voz: «Don José Silvero. Este señor ha muerto soltero, así es que no habrá dificultad para que me alcancen su cadáver».

En el acto se levantó nueva gritería infernal, diciendo: «¡Ese no! ¡Ese no! ¡Que busquen otro, otro, otro!».

El médico, en tono enérgico, reclamó silencio y pidió las razones. Entonces rodearon el tablado cinco personas con un gran número de chiquillos, y dirigiéndose al médico, le dijeron:

«Señor doctor: Si resucita usted a nuestro tío, tendremos que devolverle sus bienes, y nosotros y todas estas infelices criaturas van a perecer de miseria, porque nuestro tío era un avaro y nos cobrará hasta con intereses los bienes que estamos disfrutando».

«Siendo atendibles las razones, dijo el médico, pasemos a otro», y leyó: «don Manuel Cigüeña».

«¡Que viva Cigüeña! gritaron muchos; pero a la izquierda del tablado se levantó una nueva gritería que repetía: ¡Muera Cigüeña! ¡Abajo Cigüeña! y en tono amenazador se acercaron muchos al tablado del médico y le dijeron: «Doctor: si usted resucita a Cigüeña, que era un caudillo político que hacía 15 años venía pesando sobre esta provincia, tomándose los mejores puestos para él y sus parientes, lo vamos a matar a usted y al resucitado».

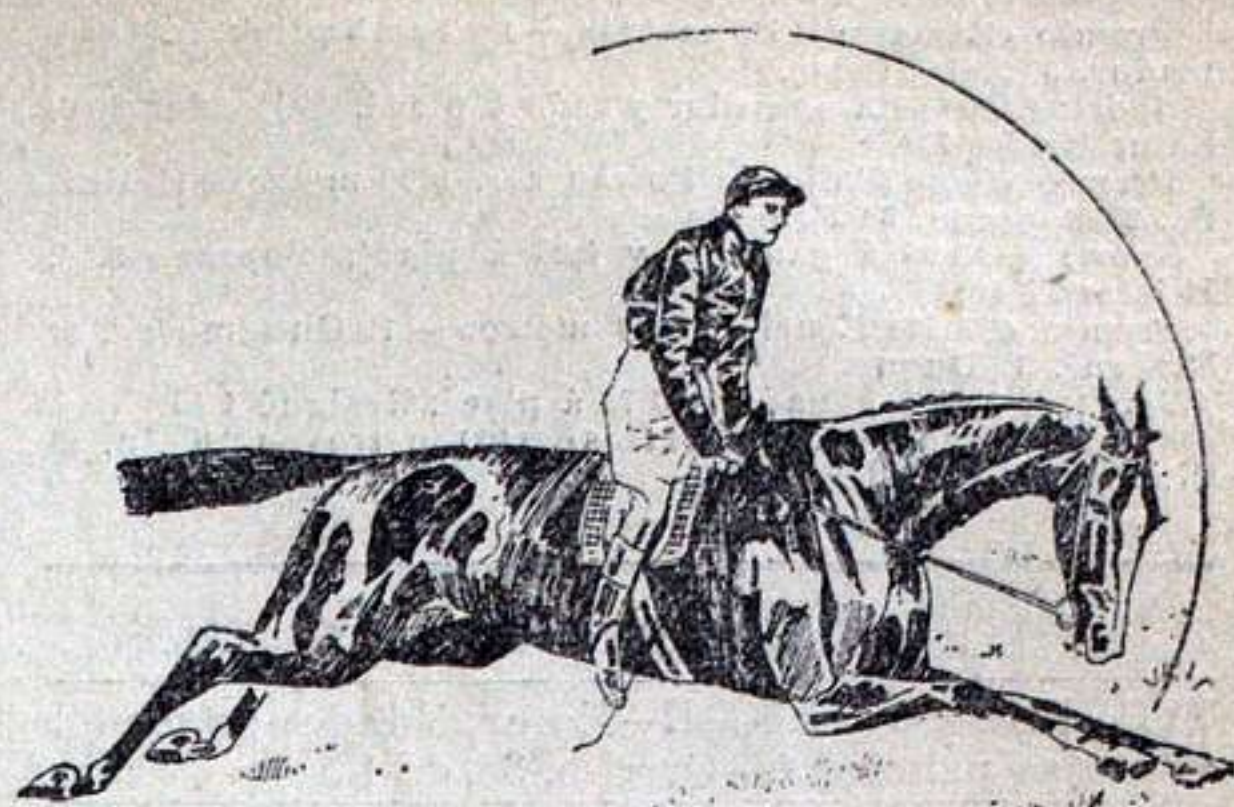
Los que en vida de este caudillo habían sido favorecidos por él, se guardaron bien de salir en su defensa, porque se habían acomodado ya con el nuevo caudillo imperante, y el popular Cigüeña quedó enterrado.

Empezaba a oscurecer ya, cuando llegaba un entierro al cementerio, seguido de un gran cortejo, enlutado y lloroso.

El médico, haciendo el último esfuerzo para cimentar su fama, exhortó a los deudos, en alta voz, a que no lloraran más, porque iba a resucitar ese cadáver que venían regando con sus lágrimas, y acercándose al cajón, trató de levantar la tapa para resucitar al muerto.

El alcalde, que era uno de los doloridos, se acercó al doctor y le dijo: «Señor, soy el alcalde; respete usted mi fuero. Ese cadáver es el de mi suegra. Si usted la resucita, mi autoridad desaparece».

El médico se retiró del cementerio, acompañado de un inmenso pueblo, que lo aclamaba como al más sabio de los doctores, y que, como muchos otros.... no había hecho nada.



SPORT

HIPODROMO ARGENTINO

REUNIÓN DEL 7 DE AGOSTO

GRAN POLLA DE POTRANCAS

La nota culminante de la tarde fué el batatazo de Tambrick que dió un dividendo de 208.50 por boleto.

En el clásico se presentaron quince de los 19 productos anotados:

Nelesena, Pinta, Friolera, Alteá, Bayauca, Ponoe, Invisión, Guña, Atalaya, Espina, Roxana, Bayonnaise, Eco, Bambola y Soprano.

Resultaron favoritas en la cotización del Sport, Friolera, Guña y Nelesena.

Después de algunas partidas falsas, las potrancas fueron lanzadas en carrera, destacándose Espina los primeros doscientos metros hasta ser de-alojada por Friolera que se mantuvo al frente, formando las demás un extenso rosario.

Frente a las tribunas, el jockey de Friolera creía tener ganada la carrera, cuando de improviso en una buena entrada Guña y Soprano se le fueron a las grupas, batiéndola sin lucha. Un cuerpo de la primera a la segunda y la tercera a un peschezo de Soprano. Como se suponía, la importante prueba por la fuerte suma de premios distribuidos, pero pobre por la clase de los concurrentes, no ofreció ninguna alternativa y su final fué simplemente igual al de cualquiera carrera de perdedores.

Pinta y Bayauca rodaron entre los dos codos sin que felizmente los jockeys que las conducían sufrieran contusiones.

Las carreras en general estuvieron bastante sosas, siendo sus resultados generales los siguientes:

Premio «Indecis», 1600 metros—1º Reyzeuelo, 2º Figaro, 3º Cardo Negro.

Sport: \$ 10.50 a ganador y 6.65 a placé; Figaro 8.20; Cardo Negro 9.45.

Premio «Criollito», 1200 metros—1º Arroyera, 2º Lunfardo, 3º Miraflores.

Sport: \$ 20.75 a ganador y 6.55 a placé; Lunfardo 5.90; Miraflores 5.85.

Quereis la Salud??

TOS

POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas

Quereis digerir bien??

AGUA MOCERA UMBRA

BEVED EL
MILAN

DISPONIBLE



La «FOSFATINA FALIERES» es el alimento más agradable y más recomendado para los niños desde la edad de 6 a 7 meses, sobre todo en el momento del destete y durante el periodo de crecimiento. Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos.

París, 6, Avenue Victoria y en todas las farmacias

Representantes: P. DUPONT & Fils - Chacabuco, 129

JUAN Y JOSÉ DRYSDALE & C^{IA}

ÚNICOS Introdutores

DE LAS MÁQUINAS

Walter A. Wood

PREMIADAS

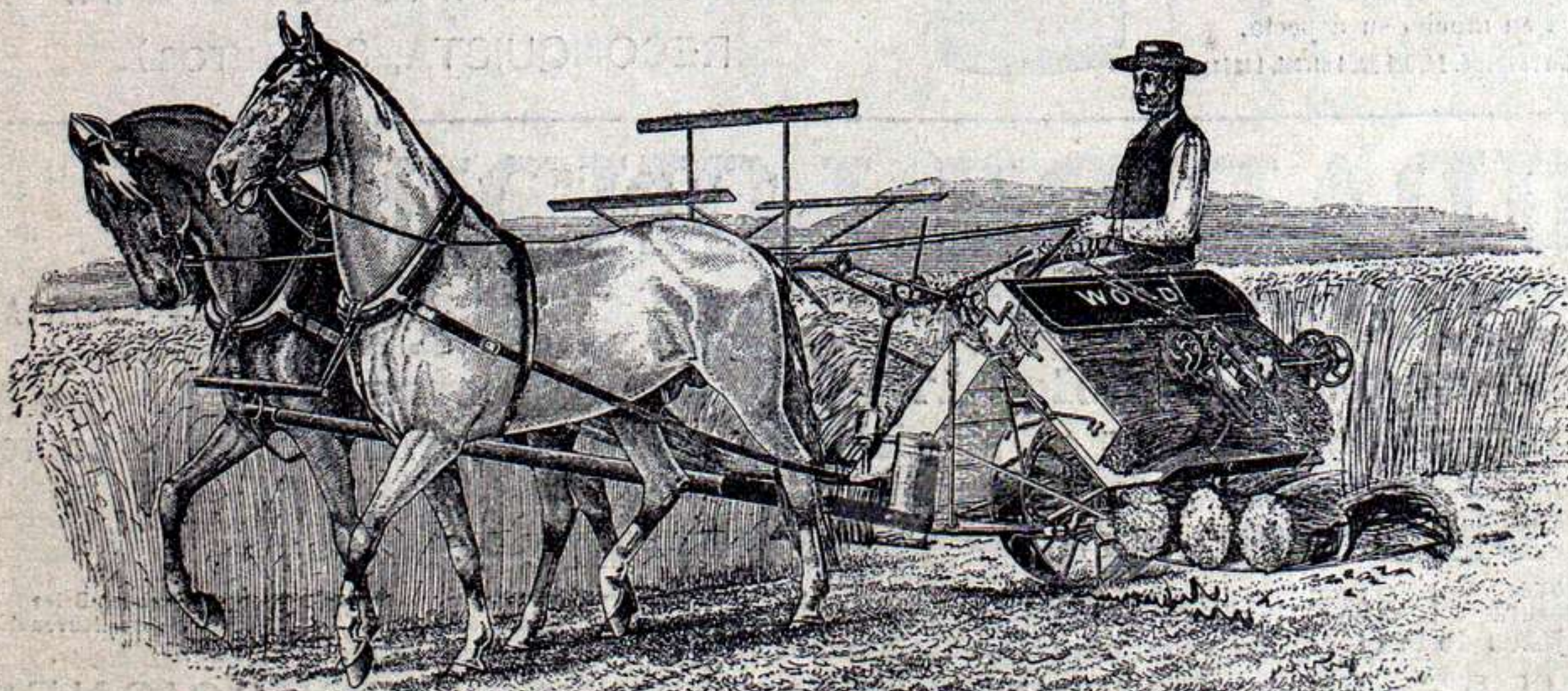
CON LOS MAS ALTOS HONORES

EN TODAS

LAS EXPOSICIONES

440 - CALLE PERÚ - 450

Buenos Aires



Premio «Remate», 1600 metros — 1° Tamberlick, 2° Salteador, 3° Saint Brise.
 Sport: \$ 208.50 a ganador y 29.75 a placé; Salteador 3.30; Saint Brise 7.
 Premio «Gran Polla de Potrancas», 1600 metros—1° Guina, 2° Soprano, 3° Friolera.
 Sport: \$ 10.95 a ganador y 4.25 a placé; Soprano 9.35; Friolera 3.40.
 Premio «Petite Ecurie», 2200 metros — 1° Guttemberg, 2° Resigné, 3° Duque.
 Sport: \$ 8.60 a ganador y 3.75 a placé; Resigné 4.45.
 Premio «Ecurie Los Paraisos», 1400 metros—1° Keán, 2° Blue Boat, 3° Modesta.

Avisos varios

DR. JUSTO CABLE—Enfermedades de la piel y vías urinarias.—Cerrito, 38, de 1 a 3.

DR. FRANCISCO COBOS—Director por concurso del Hospital San Roque.—Consultorio: Maipú, 276, de 1 a 4.

DR. EDUARDO OBEJERO—Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos.—Suipacha, 574, de 1 a 4.

DR. N. ODAHL, Dentista—Operaciones sin dolor por medio de cocaína, clorétilo, etc., etc. Maipú, 91, esquina a Piedad.

DR. J. COSTAU—Abogado—Avenida de Mayo, 715, de 2 a 4.

DR. JENARO OSORIO—Moreno, 792, de 1 a 4.

B. MITRE Y VEDIA—Traductor público y comisionista.—S. Martín, 491. Unión Telefónica núm. 197.

Sport: \$ 9.75 a ganador y 4.30 a placé; Blue Boat 5.45; Modesta 6.50.
 Premio «Stud Don Gonzalo», 1800 metros — 1° Dante, 2° Don Gonzalo, 3° Guttemberg.
 Sport: \$ 10.60 a ganador y 3.65 a placé; Don Gonzalo 5; Guttemberg 5.15.

HIPÓDROMO NACIONAL

Por fin, el jueves 11 del corriente se verificó con escasa concurrencia, la reunión que por efecto de las lluvias se venía aplazando desde algún tiempo en el Hipódromo de Belgrano.

El resultado de la misma fué el siguiente:

Premio «9 de Julio», 1600 metros—1° Caseros, 2° Le Destrier, 3° Tutora.

Sport: \$ 9.30 a ganador y 3.35 a placé; Le Destrier 3.35; Tutora 4.35.

Premio «Remate», 1600 metros—1° Retraite, 2° Caramurú, 3° Laurel.

Sport: \$ 7.60 a ganador y 2.65 a placé; Caramurú 3.30; Laurel 3.65.

Premio «Calfao», 1200 metros—1° Oriental, 2° Reducción, 3° Batitú.

Sport: \$ 4.90 a ganador y 3.05 a placé; Reducción 5.60; Batitú 5.80.

Premio «General Hornos», 1600 metros — 1° Calfao, 2° Normandía, 3° Regalada.

Sport: \$ 5.10 a ganador y 2.85 a placé; Normandía 3.30; Regalada 11.60.

Premio «Río Negro», 1600 metros—1° Orsino, 2° Frontin, 3° Espingarda.

Sport: \$ 12.60 a ganador y 6 a placé; Frontin 3.60.

Premio «Casuarina», 1200 metros — 1° General Hornos, 2° Yanquetru, 3° Extra.

Sport: \$ 7.80 a ganador y 3.25 a placé; Yanquetru 3.30; Extra 5.55.

Premio «Reserva», 2000 metros—1° Resigné, 2° Redoutable, 3° General Lee.

Sport: \$ 3.95 a ganador.

ANTES DE COMER
Tómese el delicioso

APERITAL

LICOR
TÓNICO
HIGIENICO
Y APERITIVO

CUIDADO con las FALSIFICACIONES y los PRODUCTOS que llevan nombres parecidos a la palabra APERITAL.

Exijir siempre la última fecha del EMBOTELLAMIENTO sobre el vidrio de la botella, los corchos, las etiquetas el cajón etc., y a más el nombre A. DELOR & Cia. de Burdeos.

ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ y C^{ia}

Castilla Correo 417
MAIPU 918 — BUENOS AIRES

FOR EVER.

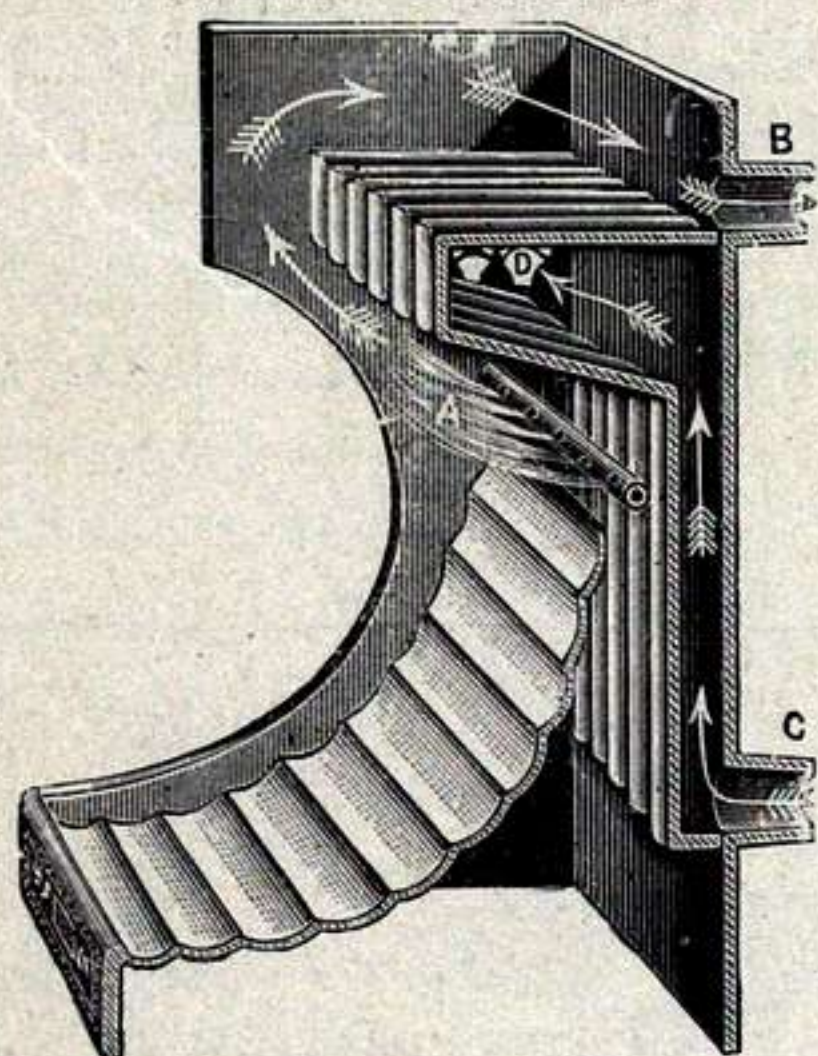
CALORÍFEROS CASSELS

Á GAS, CARBÓN, LEÑA Y KEROLIN

HIGIENE Y SEGURIDAD

Exposición

Americana



Más de

150 modelos

220, CALLE FLORIDA, 220 - BUENOS AIRES

EL AGUA DE COLONIA INGLESA DE ATKINSON

Es en absoluto la mejor que se ha fabricado
 Es la más odorífera, aquella, cuyo perfume se conserva más tiempo y es mucho más refrescante, que todos los otros.

Hágase uso solamente de la de ATKINSON | Desconfíese de las imitaciones

El Agua verdadera está garantida por Marca de Fábrica «White Rose»

La LOCIÓN para el CABELLO, con base de QUININA, de ATKINSON

Es el preparado más agradable que para la cabellera se ha fabricado.
 Fortifica el cabello, estimula su crecimiento y mejora en mucho su aspecto.
 SE VENDE EN CASA DE TODOS LOS PERFUMISTAS Y DE LOS FABRICANTES.—J. & E. ATKINSON, 24, Old Bond Street, Londres

SAPOLIO

Está expresamente fabricado
 para limpiar objetos de cocina,
 metales y madera pintada.

ÚNICOS IMPORTADORES
JORGE BELL é Hijos
 649 - CALLE DEFENSA - 651
 BUENOS AIRES



Agua natural mineral VICTORIA

De las fuentes de
OBERLAHNSTEIN
 Cerca de EMS

La única agua mineral natural sin
 hierro que se puede mezclar con vino
 y licores espirituosos.



ÚNICOS Introdutores
ARNING BRAUSS & CIA.
 RECONQUISTA, 80 (ALTOS)

A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES—AVENIDA DE MAYO—CALLE PERÚ—CALLE VICTORIA

Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y a PRECIO FIJO, lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

Martes 16 de Agosto, Miércoles 17 y días siguientes

EXPOSICIÓN.—1.^a Exposición de las novedades recibidas en previsión de la próxima primavera. El martes 16 de Agosto y días siguientes

GÉNEROS DE FANTASÍA PARA VESTIDOS

GRANADINAS GRAN NOVEDAD | ÉPINGLINE HAUTE NOUVEAUTÉ | RAYÉ-TRAVERS Crepe de chine, Balzori-ne Voile, Alta Novedad | ÉCOSSAIS LANA y SEDA | VOILE Chiffon Brise dernière Nouveauté
 A MAS: Un inmenso surtido de tejidos de lana, lana y seda, percales, batistas, zefiros, muselinas, orhandis, etc., etc.

SEDERIAS, ENCAJES, TULES, Gaze gaufrée haute Nouveauté, Mousseline chiffon Tules y Velos para la cara, Echarpes alta Novedad CONFECCIONES

Capas, Collets, Jaquets, Blusas, Vestidos, Gorras y Sombreros.—Artículos de Menage—Sigue la Exposición Especial de menage—Surtidos enteramente nuevos
 REEDIFICACION Durante la reedificación de la parte correspondiente a la Avenida de Mayo y esquina Perú de los vastos Almacenes y novedades de la Tienda «A La Ciudad de Londres» vendemos todas las mercaderías tanto clásica ó de uso diario como de alta novedad, a precios absolutamente bajos.—A precios de liquidación!!!



Los principales
Dentistas y Peritos piden un
LÍQUIDO
(que destruya los
gérmenes
entre los
dientes y
en la bo-
ca) y unos
POLVOS
(que lim-
pien el es-
malte de
los dientes)
que **Usa-
dos jun-
tamente**
preservan
propia-
mente la den-
tura. He aquí
pues el

Sozodonte que es el único dentrífico perfecto,
pues que cada caja contiene Líqui-
do Antiséptico y Polvos. Uno de los mas antiguos de América.

La notable Actriz

Madame BERNHARDT dice:—

“Estimo su SOZODONTE como el dentrífico mas delicioso
é indispensable para el cuidado de la dentadura y el
único de reputación internacional.”

Vendido por los Drogueros, Perfumistas y Farmacéuticos de todas partes.
Pedid por carjeta postal “Dentisteria Popular,” un libro que dice la manera de
cuidar la dentadura. **HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.**

NAVEGACIÓN Á VAPOR NICOLÁS MIHANOVICH

VAPORES Y LANCHAS PARA TODOS LOS PUERTOS DE LA REPÚBLICA

Lujosos Vapores Postales y de Pasajeros para la navegación de los ríos Paraná, Alto Paraná,
Paraguay, Uruguay y Río de la Plata

VAPORES ESPECIALES PARA CARGA SOLAMENTE
REMOLCADORES PODEROSOS

para Remolque de Buques de Ultramar y Cabotaje para cualquier punto de los ríos y costas
Servicio especial de Remolcadores para los puertos de la Capital y La Plata
Materiales de Salvamento, Chatas para el transporte de hacienda en pie, Importación
de Carbón Cardiff, Exportación de Maderas del País

Administración: **CALLE 25 DE MAYO** esquina **CANGALLO** - Buenos Aires

(SUCURSALES)

Dársena Sud • Boca del Riachuelo • Puerto “La Plata”
y Rosario de Santa-Fé

JABON DE REUTER PARA EL CUTIS



DELICADEZA Y RIQUEZA DE PERFUME

son las cualidades más características del **Jabón de Reuter**,
que en este particular deja á gran distancia á todos los otros
jabones de tocador.

Una vez que se pruebe nadie querrá carecer de él

TIENDA SAN MIGUEL

FUNDADA EN 1857

ELIAS ROMERO & C^{IA}

EXPOSICIÓN PERMANENTE DE ALFOMBRAS



Casa importadora
de toda clase de
alfombras y articu-
los generales de úl-
tima novedad para
tienda y tapicería.
Novedades y sur-
tidos por todos los
correos de Ultra-
mar.

902

CALLE PIEDAD

936

Buenos Aires

TE AGUILA

Schelp
& Schelp

375-Balcarce-377

BUENOS AIRES



